This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

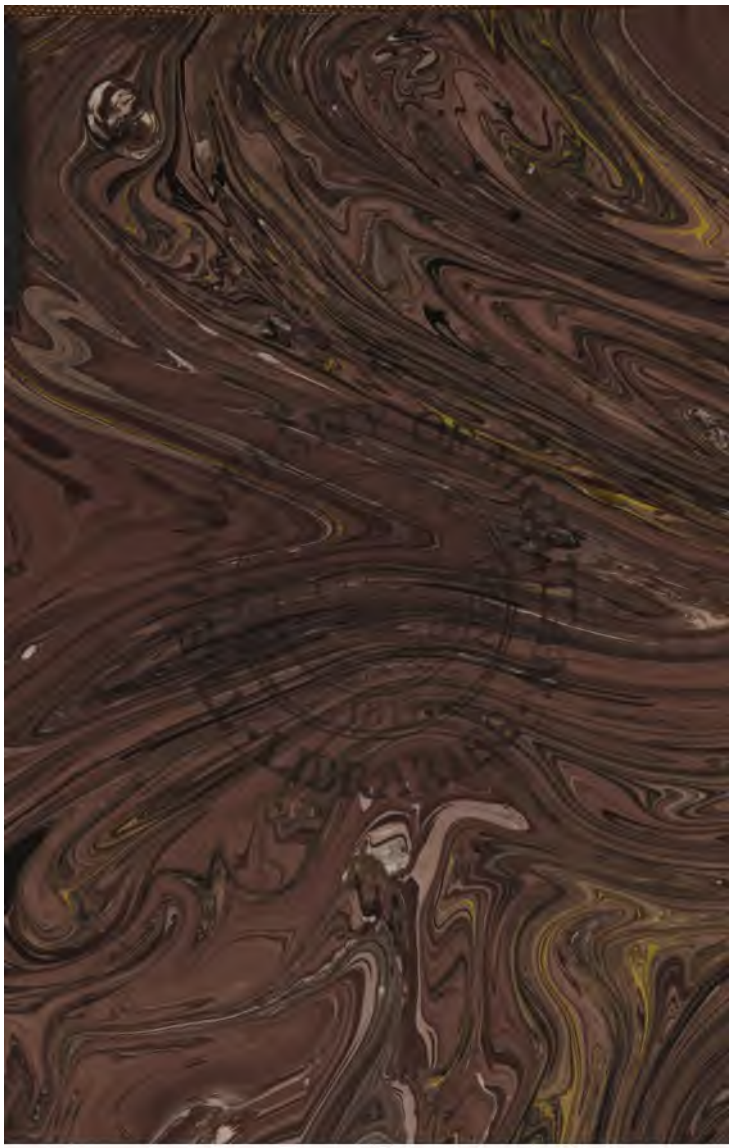
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

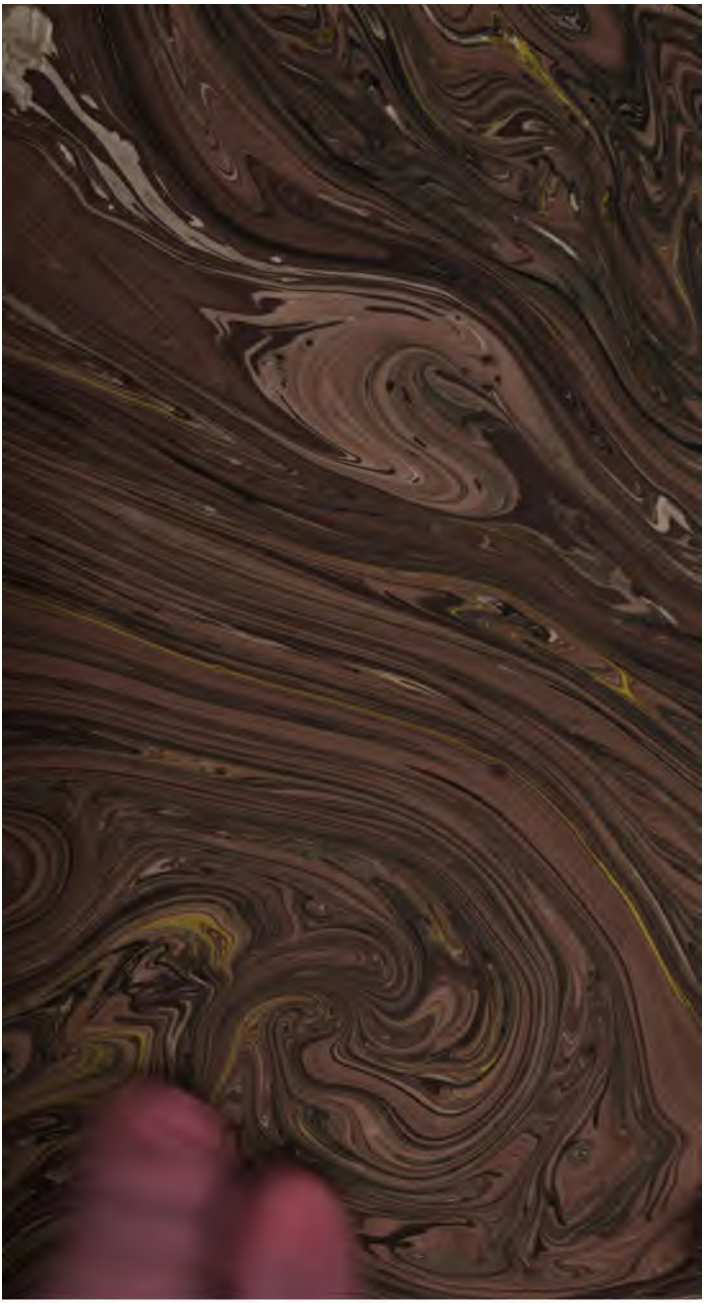
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 460115





HISTORIA

DE

SAN ANTONIO DE PADUA

Y DE SU TIEMPO

ADOLFO DE SANDOVAL

ESTUDIOS CRÍTICOS DE LA EDAD MEDIA

HISTORIA

DE

SAN ANTONIO DE PADUA

Y DE SU TIEMPO

(SIGLO XIII)

Con licencia eclesiástica, y la bendición de varios Obispos españoles

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE P. NÚÑEZ
Espíritu Santo, 18.—Teléfono 1.018

1892

BX
1700
.A6
S22

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que señala la ley.

0973220-190

A la benditísima y perdurable memoria de mi madre,

Adolfo.

Toledo. Día de la Ascensión del Señor, 26 de Mayo de 1892.

I

«En vano me dirán que ando removiendo cenizas enfriadas para siempre, y ruinas irreparables de todo punto. Así sería si se tratase de instituciones humanas, pero no del asunto de mi obra, porque si es verdad indiscutible que la Iglesia nunca muere, imposible también que para siempre acabe ninguna de cuantas cosas llegó á tocar con sus manos, ó á inspirar con sus alientos.»

Con estas elocuentes palabras concluye Carlos de Montalembert la Introducción de su SANTA ISABEL DUQUESA DE THURINGIA, y con ellas continúo yo la serie de estos humildísimos ESTUDIOS, consagrados á la restauración del espiritualismo cristiano, que ha engendrado todas las fecundas elevaciones de la Edad Media.

Confieso que nuestro tiempo no está apercibido aún para esta grande, para esta suprema resurrección espiritualista, sin la que, no, no merece la pena vivir aprisionados en los límites de esta obscura y desolada tierra.

Pero grandes profetas, grandes iluminados, grandes almas, honor y gloria de la humanidad, han anunciado ya, como muy próxima, la nueva Pascua, la Pascua bendita, que ha de realizar todos los milagros de la primera predicación cristiana. Nuevo Daniel, que va á decir al mundo el castigo de los soberbios y la exaltación de los humildes, está contando, extático, las *Setenta semanas babilónicas*.

Día grande, el día en que el espiritualismo cristiano vuelva á informar la vida de la humanidad, como la informó en los siglos medios; día en que palpitarán de júbilo los muertos en el fondo de sus tumbas olvidadas; día en que descenderá con el fuego del espiritualismo al corazón, el fuego de la verdad sobre la frente; y se oirán por el mundo la *Égloga cuarta* de Virgilio, y las tremendas amenazas del *Apocalipsis*, que cuenta el oprobio de la prostituída Babilonia, y la vic-

toria de la celestial Jerusalén; y aparecerá en los altos cielos, para los castos, para los pobres, para los perseguidos, para los calumniados, para los sin ventura, para los tristes, para los que han cegado de tanto llorar en la noche sin fin de sus dolores, para los que padecen la tortura y nostalgia de lo ideal, la aurora del día de Jacob, del día de Ageo, del día de Daniel, *en que fenezca la prevaricación, y tenga término el pecado, y sea borrada la maldad y traída la justicia perdurable* (1), y comience sobre la tierra el reinado, sin sombra y sin ocaso, de la bendita civilización cristiana.

Gran parte de estos propósitos había llevado á felicísimo remate el siglo XIII, procurando cumplir, en tiempos bien difíciles, aquellas palabras del Apóstol: *Instaurare omnia in Christo, quæ in cœlis et in terra sunt.*

Y las había cumplido por el predominio del espiritualismo cristiano, que palpita en todos los acontecimientos de aquella época; por las instituciones caballerescas, sublimadas por el culto romancesco á la mujer, y por

(1) Daniel; cap. IX, v. 24.

la devoción fervorísima á la Virgen Madre; por las Ordenes religiosas, que arrebatan con sus predicaciones y con su ejemplo el alma de aquellas muchedumbres enardecidas; por las *Summas* de los grandes doctores escolásticos, que organizan, y purifican, y completan el vasto sistema de la filosofía católica; por las literaturas que, nacidas, como toda la civilización, á la sombra de las Basílicas bizantinas, exaltan con sus cánticos á las generaciones de aquellos tiempos, que sienten lo infinito y lo eterno hasta en la médula de sus huesos; por las sacras fiestas, por los jubileos solemnes, por los misterios y los autos, representados bajo los atrios de los templos; por los códigos y la política de los Reyes, que gobiernan, como Carlo Magno, *coronados por la mano de Dios, grande y pacífico;* por las artes todas, que, regeneradas al pie de la Cruz, van á levantar, hasta el empíreo, las agujas de las Catedrales góticas, para poner ante la vista de la humanidad desterrada y misérrima, con el recuerdo de la patria del alma, el resplandor de lejanos y misteriosos cielos.

Sobre los castillos del feudalismo, sobre las Monarquías, sobre las Repúblicas, sobre

los Municipios, sobre las almas, está el influjo altísimo de la divina Iglesia en las épocas medio evales.

Ella, ella tomaba al hombre desde la cuna, para dejarlo en los senos de la misteriosa eternidad entre sus bendiciones y plegarias; ella entregaba el bordón al peregrino que va en busca de la remisión de sus pecados, y bendecía la espada del caballero que se marcha á pelear á Tierra Santa por la liberación del sepulcro de Cristo; ella abre los Monasterios, donde se suavizan los dolores del espíritu, y los hospitales, donde se curan las enfermedades del cuerpo; ella encierra las ciencias en sus Escuelas y Universidades, y las artes, perdidas de inefables amores, en los claustros y templos maravillosos, donde dejaran artistas insignes la estela de inspiraciones inmortales; ella cultiva los campos, edifica puentes, pone cruces para que no se pierdan los viandantes á través de los caminos procelosos, é imágenes alumbradas por tenue farolillo, como signo de bendición y de paz, en las puertas de las ciudades; ella penetra, por las funciones y los prestigios de sus sacros ministerios, en las Cortes, en los burgos,

en los castillos, en las chozas; ella construye hospederías para los que, tocados de místico llamamiento, y soñando con la muerte y con el Juicio, van en larga peregrinación á Oviedo, á Jerusalén, á Santiago, á Roma; ella levanta, como visiones de la fe, sobre el suelo de la Europa santificada, las misteriosas Catedrales, que tendrán á la sombra de sus atrios el Teatro, la Universidad, el mercado, la contratación, la Justicia, las Cortes, el Municipio, y que llevarán en la mirada de sus santos, de sus ángeles, de sus vírgenes, las promesas de la inmortalidad paradisíaca, eterno pensamiento y esperanza inacabable de aquellos tiempos.

Por eso ha crecido tanto, por el espiritualismo, el siglo XIII.

Yo, al escribir las ingenuas páginas que van á leerse, como al publicar todos mis anteriores libros, en los mismos propósitos inspirados, he pretendido aportar también mi granillo de arena á la reconstrucción de esa obra gigantesca, de esa edad heróica, profundamente poética y sublime, *de esa bella adolescencia de la humanidad cristiana*, que dice Ozanam, quebrantada á poder nefasto

del Renacimiento, de la Reforma, de la Revolución. Ahí tenéis, pues, el pobre libro, principiado y concluído con tanto amor, á contar los prodigios del espiritualismo verdadero, que son, también, los prodigios del dulcísimo San Antonio de Padua, dedicado. El grande taumaturgo surge á la vida en la cúspide luminosa del siglo XIII.

É imposible comprender ni aquilatar la misión celeste del bendito franciscano, sin estudiar la época en que pasó, como Cristo, su divino ideal, por entre los oleajes de la tierra, *bene faciendo*.

Esto me ha constreñido á escribir la larga *Introducción* que forma como la primera parte de esta Historia, en cuya primer página va el nombre benditísimo del alma que más he querido en este mundo, y que nos ha dejado, para siempre, al subirse á los cielos, huérfanos de su amor. Bien lo sabe; que si soporto con resignación esta carga horrible de la vida, sólo es por la consoladora esperanza de morir pronto, y de juntarme, perdurablemente, con ella, en esos mundos de luz y de amor, donde este corazón, que hoy chorrea sangre, hallará la paz.

II

Era costumbre elevada á la autoridad de sistema, desde que escritores ayunos de buena fe y de verdadera ciencia consignaran aquello de *«las tinieblas y las iniquidades»* del siglo XIII, resumir la historia de este siglo eminentísimo con la frase de Eugenio Pelletan: *«La Edad Media es la edad de los locos, de los brujos, de los leprosos, de los endemoniados, de las danzas infernales;»* ó con las palabras de Michelet: «la fecha más siniestra, la más sombría de toda la historia, es *para mí* (estas dos palabras lo explican todo) el año 1200, el NOVENTA Y TRES de la Iglesia.»

Hoy, los admirables trabajos de Montalembert *(Sainte Elisabeth de Hongrie)*; de Ozanam *(Les Poëtes franciscains en Italie au XIII siècle; Dante et la Philosophie catholique au XIII siècle*, etc.); de Lecoy de la Marché *(La societé au XIII siècle)*; de Chateaubriand *(Etudes historiques)*; de Hurter *(Histoire de Inocent III, et de ses contemporanis)*; de Guizot *(Histoire de la civilisatión en Europe)*; de Voig *(Histoire du Pape Gregoire VII, et de son siècle)*; de Villemain *(Tableau de la litterature française au Moyen Age)*; de Alexis Lenoir *(Musée des monuments français)*; de Lacordaire *(Vie de Saint Dominique)*; de Emilia Pardo Bazán *(San Francisco de Asís*, libro hermoso, é incomparable por su espíritu y por su forma); de León Gautier *(Comment faut-il juger le Moyen Age)*; de Gorini *(Défense de la Eglise)*; de D. Alejandro Pidal *(Santo Tomás de Aquino*, una de las obras más luminosas y más simpáticas de nuestra época); de Deservillers *(Un évêque au douzième siècle)*; de Ratisbonne *(Histoire de Saint Bernard, et de son siècle)*; de Ranke (en la *Introduction* á su *Histoire de la papauté pendant le XVI*

et XVII^e siècles); de Chaving de Malau *(Histoire de Saint François)*; de Mad. de Richardays *(Isabelle de France, et la cour de Saint Louis)*; de Alfred Nettement *(Suger et son temps)*; de Tosti *(Storia di Bonifazio VIII)*; de Ampere *(Histoire litteraire de la France)*; de Dom Gueranger *(Liturgie sacrée)*; de Cibrario *(Della Economía Politica in medio ævo)*, y otros muchos, con Revistas, discursos y folletos muy apreciables, han esclarecido de tal suerte la historia de la Edad Media, y muy especialmente la historia del siglo XIII, que puede sostenerse como tesis incontestable, entre el vano clamoreo de los sofistas, la siguiente proposición: «El siglo XIII es el siglo más excelso de la Historia; apartándose de sus inspiraciones la humanidad retrogradó en sus derroteros, y hoy, en mortal desmayo caída, no se levantará, no, de su abatimiento irremediable, si no torna sus ojos á los purísimos ideales católicos, que pueden originar como en el siglo XIII, fecundas é inenarrables magnificencias.»

¡Quién lo dijera! Cuando la Revolución francesa había concluído con lo que aún que-

daba del antiguo régimen de la Edad Media; derruídos los templos católicos, refugio de las humanas angustias, bien así como de las ciencias y de las artes perseguidas; profanados los sepulcros de los Reyes, y esparcidas por los aires sus cenizas; errante, camino del cautiverio, el pueblo de Dios con su Pontífice; sobre la soledad de tantas y tan sagradas ruinas dejóse oir una voz simpática y amiga, que unía todos los corazones generosos en el culto de los mismos recuerdos, en el calor de los mismos amores, en la religión de las mismas consoladoras esperanzas.

Era la palabra elocuentísima de Chateaubriand, trayéndonos su *Genio del Cristianismo*, que fué entonces como la Biblia de los nuevos israelitas, peregrinos en pos de la tierra prometida, como el cántico de Sión para los nuevos desterrados, que recordaban la hermosura de la patria á la sombra de los llorosos sauces, *super flumina Babilonys*.

Más tarde, dominantes aquel embrutecedor materialismo del Imperio, el panteísmo filosófico, el doctrinarismo político, obscuro joven, de pálido rostro, de nervioso temperamento, de constitución débil, por los rigores

de incesante estudio fatigada, llegado de su hogar de Lyón á París, henchida el alma con dos grandes amores, el amor á su madre, el amor á su religión, fundaba, con otros sus compañeros de Universidad, las *Conferencias de San Vicente de Paul*, oponiéndolas á los deficientes reglamentos de la *Caridad del Estado*, desoladora y fría; y comenzaba á estudiar la Edad Media en libros perpetua admiración de los entendimientos bien encaminados, en cuyas páginas, dulces y elocuentes, vive un espíritu sublime, como que era el espíritu de ese apóstol, de ese sabio, de ese poeta, de ese *modelo del profesor católico* (1), que pasó por la manchada tierra sin contaminarse, con el nombre imperecedero y eternamente simpático de A. Federico Ozanam.

Si al que escribe estas páginas, movido por el santo deber de la verdad y de la propaganda cristianas, en los aciagos días en los que por nuestra culpa ó por nuestra desgracia hemos venido al mundo, fuérale permitido hablar de sí en ocasión en que todo vislumbre de exhibición propia debe desapa-

(1) Lacordaire.—*Vie de A. F. Ozanam.*

recer ó como ridículo ó como extemporáneo, placer inmenso para mí recordar las deleitosas suavidades gustadas al leer por innúmeras veces las obras de este inolvidable autor, desde que salido de la querida casa, hoy triste y desolada, con la leche de la Jurisprudencia en los labios, en el desierto de la Corte, mano amiga puso en las mías el libro del *Dante y la Filosofía católica en el siglo* XIII.

No me desampara la esperanza de entreverar estos «Estudios» con algunas biografías de los historiadores católicos de nuestro siglo, siendo la primera, entre todas ellas, la de este mi ilustre maestro Ozanam.

Otra voz amiga resonaba por entonces en Francia, defendiendo los intereses del catolicismo en el Parlamento, cuando Lacordaire subía á la cátedra de Nuestra Señora, vestido con el legendario hábito de la Orden Dominicana, para defenderlos también en sus «Conferencias» famosísimas. El *político* escribió la vida del *fraile*, digno sujeto de su entendimiento altísimo, y de sus caballerescos entusiasmos, porque el político era Carlos de Montalembert.

Noble, realzado por los prestigios de anti-

gua y preclara ascendencia; depositario fiel de las tradiciones de la Francia cristiana; erudición de monje, palabra de profeta, alma de fuego, artista que se iba como los antiguos peregrinos á la sombra de las abadías, ó como los trovadores del siglo XIII á la sombra de los castillos de Alemania, en cuyo suelo contemplara el 19 de Noviembre de 1833 el sepulcro de Santa Isabel, en Marbourg; cruzado en el siglo XIX, tan ayuno de idealismos religiosos, Montalembert hablaba de los grandes derechos del espíritu en medio de aquella sociedad de los falansterios y de los nuevos paraísos terrenales, que sólo soñaba con las embriagueces de la orgía, con las jugadas de la Bolsa, con el dogma inmundo de la *rehabilitación de toda carne* (1).

Escribió muchos libros, todos interesantes y siempre nuevos. Pero hay uno, hay un libro de Montalembert, que nunca jamás podrá leerse sin sentir el escalofrío de lo sublime; el libro consagrado á la *buena y amada* Santa Isabel, y que, como dice León Gautier, «lee-

(1) *Doctrine de Saint Simón*, expuesta por Maret en su libro del *Panteismo*.

rían los ángeles en el cielo, si Dios no fuese su único y soberano libro» (1).

Esa alma pura que todos buscamos á lo largo del camino sembrado de abrojos; esa Duquesa de Thuringia, llevada á los cuatro años desde la corte de sus padres, alborozada por los cantos de los *Minnesinger*, á la corte de su tierno esposo, embellecida por los espectáculos de la caballería cristiana; viuda, triste, perseguida, paupérrima de tal suerte, que desciende desde las eminencias del palacio hasta el fango de vil guarida de animales inmundos; ese ángel que todo se lo niega á sí, para darlo todo en sacrificio por sus semejantes, aun á trueque de la corona de espinas que ha de clavar sus sienes, y de la calumnia, y de la indiferencia, y de la envidia, que han de mortificarla hasta en los confines de la muerte; Santa Isabel, ceñida por el duro sayal que el serafín de Asís santificara; huída del mundo, estrecho para la inmensidad de sus amores, y llamada á los cielos á tiempo en que comenzaba á vivir, á

---

(1) *Comment faut-il juger le Moyen Age*, página 21.

los veinticuatro años, la *buena y amada santa* bien merecía ser esculpida con el cincel de la piedad y del genio en ese libro prodigioso, en cuyas páginas dejó el Conde de Montalembert, con la estela de su grande espíritu, la más cumplida apología del siglo XIII.

Las postrimerías del ilustre Conde, ¡ah! no se compadecieron con su existencia, consagrada al sincero culto de los ideales católicos. Pero perdóneme Dios, y perdónenme todos, si me equivoco. Yo creo firmemente que la inmaculada Terciaria, á quien dedicó su obra maestra, le habrá ascendido al coro de los bienaventurados en el cielo, ya que por derecho propio queda en el coro de los inmortales en la Historia (1).

Montalembert, Ozanam, Ampere, Balanche, Fauriel, Lacordaire, Jordam, Dugas-Montbel, De Gerando, Jussieu, Bergasse, De Maistre, Bonald, Balmes, Valdegamas, y á la cabeza de todos ellos, nuevo Gonfaloniero de Cristo, Chateaubriand, constituyen ese coro sagrado de servidores del catolicis-

(1) Véase *Le Comte de Montalembert*, par M. Th. Foisset, avec une Introd. par M. P. Duhaire.

mo, que sostienen la cruz plantada en los umbrales de nuestra época.

¡Hoy, maestros inolvidables, podéis, con esa soberana autoridad con que la muerte os ha investido y realzado, podéis consumar la educación de este siglo, que se llamará con vuestro eterno nombre; siglo entenebrado durante largo tiempo por las dudas que vosotros habéis conocido y encadenado; siglo prometido por vosotros al Cristianismo y que el Cristianismo no dejará, no, seguramente, perecer!...

Tenemos, pues, obligación sacratísima de reivindicar el buen nombre del siglo XIII, cima de la Edad cristiana en la Historia, Edad situada en lo alto de la cumbre adonde acaba el camino por que se sube, y empieza el camino por que se baja; siglo que, siéndolo de nuestra progenie espiritual, ha de movernos, por el afecto de hijos agradecidos, á derramar algunas flores sobre las tumbas de nuestros padres, que fueron buenos y grandes por la fe, y á ofrecer algunos granos de incienso en los altares de Aquél que los hizo buenos y grandes por sus designios.

No llamemos bárbaro, por Dios, al siglo de

Santo Tomás, de Giotto, de Orcagna, de Lulio, de Santo Domingo, de San Francisco, de Santa Isabel, de Dante, de Luis IX, de Eudes de Montreuil, de Alfonso X, de Rogerio Bacon, de San Buenaventura, de San Antonio, de Santa Clara, de Guillermo, de Santo Amor, de Duns Escoto, de Alberto Magno, de Cimabué, de Bernardo de Ventadour, de Ulrico de Lichemstein, de Volfran de Essembach, de Inocencio III, de Joinville, de Jacopone de Todi, de Nicolás de Pisa, de Frá Pacífico, de Blanca de Castilla, de Felipe Augusto, de Teobaldo de Champagna, de Esteban de Cantorbery, de San Fernando, de Vicente de Beauvais, de Raimundo de Peñafort, del Arzobispo D. Rodrigo, de Alejandro de Hales, de Pedro des Fontaines, de Felipe de Beaumanoir, de D. Jaime el Conquistador, de Alano Sículo, de Cristián de Troyes, de Conrado de Wurzburg, de Mateo de París, de Martín Polaco, de Spinello de Giovenazzo, de Jacobo de Vorágine, de Bartolomeo de Trento, de Tomás Celano, de Fray Elías, de Erwin de Steimbach, de Andrés Pisa, de Margaritone de Arezzo, de Arnolfo de Lapo, de Raimundo Martín, de Guido de Siena, de

Pablo Cristián, de Rosa de Viterbo, de Santa Gertrudis, de Mateo Villani, de Jordán de Saxo, de Simón Stoch, de Hugo de Caro...; siglo de artistas, de teólogos, de filósofos, de héroes, de santos, tocados todos de la pasión espiritualista, con poder de alma capaz á levantarlos de la sombría tierra, y subirlos hasta la luz de la inmortalidad, con las *Summas* de los doctores, con las catedrales de los artistas, con los prodigios de los taumaturgos, con las espadas de los caballeros; siglo que ha quedado ahí, en medio de las llanuras de la Historia, como centro de gravitación para las almas, y como nueva columna de fuego para las edades cristianas, peregrinas en pos de la tierra prometida á sus esperanzas eternales.

III

¡Cuánta variedad en el siglo XIII! ¡Cuánta fecunda vida! ¡Cuánta prodigiosa exuberancia!... Todo lo encierra y todo lo abarca, para purificarlo todo con las corrientes del espiritualismo cristiano, que ha elevado á la humanidad hasta los cielos.

Mirad. Junto á la mezquita donde se recitan los versículos del Alcorán, el Templo católico, donde se cantan los versículos de la Biblia; junto á la *madrisa,* donde se enseña la filosofía de Averroes y de Maimónides, el *Gimnasium,* donde se explican las doctrinas de los Padres; junto al peregrino que se marcha camino de Jerusalén, el judío que con-

duce interminable caravana; junto á los Emperadores, que dominan por el despotismo, los Papas, que dominan por el amor; junto al trovador, que celebra á su dama, el fraile, que celebra á su Dios; junto á los nobles, que levantan sus castillos en las rocas, los *Comunes,* que se congregan, para defenderse, en las llanuras; junto á las cortes voluptuosas de los Príncipes, el místico retiro de Fontevrault; junto á las expediciones de los piratas, en busca de bienes materiales, las expediciones de los últimos Cruzados, en busca de la remisión de graves culpas; junto á Santa Clara, Speronella; junto á San Antonio, Ezzelino; junto á San Francisco, Federico II; junto á los dominicanos, los albigenses...; siglo de grande variedad, en el que combaten opuestos elementos, de barbarie y de civilización, de caridad y de violencia, de elevaciones y de miserias; siglo que ahuyentará hasta las últimas reminiscencias del paganismo, que bautizará á los árabes con el bautismo de la Cruz, y convertirá á los judíos con el ascendiente de la caridad evangélica; siglo todo henchido de la idea moral que le inspira, y le purifica, y le domina á punto

tal, que las glorias del siglo XIII, todas son glorias del Cristianismo.

¡Cuán grande ha sido el siglo XIII, y cuán grande lo ha sido por el predominio, por la influencia salvadora de la Iglesia!... En mis conversaciones con gentes de profunda indiscutible ilustración, de perspicua mirada intelectual, de amplio espíritu, de universal renombre, hanme sorprendido muy hondamente las conclusiones arrancadas á su sinceridad cuando se pone en tela de juicio la obra realizada por el siglo XIII; y á estas horas no comprendo (y estimo que jamás alcanzaré á comprenderlo), por qué reniegan de ese siglo, por qué van pidiendo ideales y soluciones prácticas para la literatura, para la filosofía, para el arte, para la política, para la economía, para la vida toda, á modos de ser diametralmente opuestos á los que descansaban en el propio concepto de la existencia finita, en lo íntimo de la naturaleza humana, y en sus destinos suprasensibles, tomando al hombre, como Dante en su *Divina Comedia*, en la vida de sombras, en la de combates y en la de triunfos.

Yo reto á todos los que apostatan ó blasfe-

man de cuanto trae librea de los siglos medios, á que nos presenten, en su progenie, más grandes filósofos, artistas, políticos, santos, y con más poderoso ascendiente, y más benéfico, sobre la época en que han vivido. No, no los tienen.

Porque, ¿quién más grande razonador que Santo Tomás de Aquino? ¿Quién más universal que Rogerio Bacon ó que Alberto Magno? ¿Quién más ilustre gobernante que Luis IX, ó que Rodulfo de Habsbourg, que han establecido en sus dominios el reinado social de Jesucristo? ¿Qué entendimiento más espiritual y más amable que el de San Buenaventura, ese Platón de la Edad Media? ¿Quién más santo que San Francisco de Asís? ¿Quién de alma tan inmaculada como Isabel de Thuringia? ¿Quién adivinó los vislumbres de la hermosura soberana como Giotto ó Cimabué? ¿Quién más poeta que Dante? ¿Quién más orador que Juan Schío? ¿Quién más eminente que Inocencio III? ¿Qué apóstol como Santo Domingo de Guzmán? ¿Y adónde influencia más desinteresada, más profunda, más bienhechora que la ejercida por las ideas inspiradoras del siglo XIII, las ideas madres, en

la vida de aquellas generaciones entusiastas, que llevaban el pensamiento de lo infinito hasta en la levadura de su alma?

¡Ah! el poema de aquellos siglos es el poema de la *Danza macabra*, «que la humanidad en ese tiempo—ha dicho Orderico Vital,—más pensaba en la muerte que en la vida (1),» y su símbolo el Camposanto de Pisa, la *morta*, donde han dejado el resplandor de su fantasía todos los más grandes artistas de la Edad Media. Nacer, vivir, morir; hé ahí todo. La eternidad vive presente á la enardecida imaginación del siglo XIII, siglo que pudo muy bien definir Guizot, llamándole en su *Civilisation en Europe*, *El siglo por excelencia teológico*.

De aquí, el predominio de la idea moral, y como su consecuencia legítima las Cruzadas que luchan por la libertad de un sepulcro; las guerras contra infieles y herejes; las largas procelosas peregrinaciones; las austeras cuasi inconcebibles penitencias; el extraordinario número de los que se hacían frailes, aguijados por el pensamiento de la muerte; la mu-

(1) *Hist. Eccl.*

chedumbre de artistas que vienen á esculpir ó á pintar en cementerios y en cenobios al reclamo de las indulgencias; las fiestas populares celebradas á la sombra del santuario; los sentimientos caballerescos que alientan entonces todas las manifestaciones de la existencia; la literatura romántico-cristiana, nutrida con las enseñanzas de la leyenda religiosa; las soberanas luces y los sobrehumanos hechos que produjeron las santas magnificencias de ese siglo, movido solamente al impulso de generoso instinto, y lleno todo por el poder de creencia sincera y profundamente espiritualista.

Cuando se contempla la Catedral gótica, se leen los últimos tercetos del *Paraíso Dantesco*, la *Crónica de Villani*, las *Florecillas de San Francisco*, el *Stabat Mater* de Jacopone de Todi, el *Dies iræ* de Tomás Celano, ó se asiste á los grandes hechos de la caballería cristiana, al espectáculo de los pueblos que amontonan piedras sobre piedras para levantar admirables templos (1); cuando se penetra por las tortuosas calles de aquellos burgos

(1) Mabillón, *Ann. Bened.* Tomo VI.

de la Edad Media, italianos, franceses, alemanes, españoles, con sus santos esculpidos en las ojivas de las puertas, sus *carroccios*, sus Cristos legendarios colocados en la medrosa encrucijada, sus Vírgenes iluminadas por el farolillo que la devoción atiza, su Baptisterio, su Catedral, su Camposanto, sus campanarios innúmeros, sus almenadas murallas, y dominándolo todo las torres de la *Iglesia madre*, que muestran á los hombres la senda de la venturosa patria; cuando se ahonda con mirada investigadora en la existencia de esas nobles generaciones contentas con su suerte, poseedoras de los consuelos de la fe, del encanto de la esperanza jamás vencida, no podemos menos de volver los ojos con amor, desde los confines de nuestro siglo infortunado, al siglo XIII, que nos dió santos para la religión, genios para la ciencia y para el arte, instituciones piadosas, benéficas, comerciales, girando todas en su órbita propia, constituyendo las glorias inenarrables del siglo que, acercándose más al cielo, se elevó también más sobre la tierra.

IV

Confieso—¿y por qué no confesarlo, cuando á los abogados de las buenas causas nunca les ha dolido soltar prendas?—con Lecoy de la Marchè (1), que el siglo XIII es más que de síntesis de luchas, de antinomias inacabables. «El genio del bien y del mal han descendido sobre la arena, y luchan cuerpo á cuerpo» (2).

Mirad. Reinos que desaparecen de la Historia; desconocidos pueblos, como los Gengis-Kánidas, cayendo al estrépito de sus ar-

---

(1) *La Societè au XIII siècle.*
(2) Balmes.

mas sobre el mundo, con tan grande furia, que la Cristiandad amenazada hace rogativas para libertarse de ellos, y con tan inhumana crueldad, que van levantando pirámides de cabezas sobre las ruinas de las ciudades asoladas; albigenses, renovadores de todos los errores antiguos, metafísicos, religiosos y sociales, manchando el suelo de Languedoc y de la Provenza, ese nido de los trovadores, con las blasfemias de sus doctrinas, «que amenazaban de consuno á la tradición, á la familia, á la existencia del género humano» (1); Cátaros, defendidos por el misterio de sus dogmas (2); Patarinos, obstinados é impuros, alarmando las conciencias al conjuro de sus predicaciones nefandas (3); Emperadores, como Federico II, mitad cristiano, mitad árabe, seguido siempre de su concilio de doctores musulmanes y de su serrallo de odaliscas, excomulgado por los Papas y mal-

(1) Landulphus senior, *Hist. mediolanensis.* 11, 27.—Petri Siculi, *Epist. ad episc. Bulg.*—Reinerius, *Contra valdensis*, cap. VI.—Dollinger, *Estoria ecl.* ó la *Université catholique*, Marzo y Abril de 1847.
(2) Dollinger. Ib.
(3) Vaissette, *Hist. del Languedoc.*

decido de los pueblos, que llegan hasta rasgarle las vestiduras imperiales; tiranos como Manfredo de Faenza, como los Scalas de Verona, como Alberico, como Ezzelino el Romano, que degollaba doce mil ciudadanos en Padua (1), mientras morían quince mil franceses á la señal de un astrólogo en Fiorli, y veintiocho mil al toque de vísperas del segundo día de la Pascua de Resurrección en Palermo; como Carlos de Anjou, el verdugo del joven Conradino y de la flor de sus caballeros, decapitados en la luctuosa plaza del Carmen de Nápoles, en aquella tristísima leyenda de los Staufen, digna de ser contada á las gentes por el cantor de Edipo; jurisconsultos como Pedro des Vignes, como Tadeo de Suesa, fortificados con las sutilezas del *jus romanum*, y que divinizan la autoridad de los Reyes enfrente de la autoridad de los Pontífices; obscenidades como las de los Beguinos y Beghardos, que proclamaban como dogma supremo de su Evangelio «que el hombre no puede pecar del ombligo abajo, porque el pecado tiene su origen en el corazón;» Güelfos

(1) Sigonio, *De regno ital.* I; pág. 20.

y Gibelinos, Blancos y Negros, parapetados tras las almenas de sus castillos, convirtiendo en inmenso Camposanto á Italia, y renovando por todas partes los horrores de los Atridas; trovadores que mancillan la moral y se burlan de la religión y del clero, entre las carcajadas de sus sátiras, que harán nacer en el siglo XIV el *Decamerone* del Boccacio, y el *Roman de la Rose* de Guillermo de Lorris; superstición en aquellas multitudes que llegan á tener fe hasta en lo absurdo, y profanan los misterios más sagrados con fiestas verdaderamente paganas, como las de San Juan en Florencia, descritas en la *Crónica de Villani* (1); las de Vinzenza, el día del *Corpus Christi*, convertido en bacanal desenfrenada; la *fiesta de los Asnos*, en la Catedral de Ruan, por la Natividad de Cristo, y «durante la cual todos los cánticos del coro debían de terminar con fuerte y sonoro rebuzno, recitándose las alabanzas del asno, y concluyendo la ceremonia con burlesco himno» (2); la de

(1) Cron. X; 218.
(2) Se conserva este oficio en el archivo de la catedral de Sens.

los *locos*, por la Epifanía, fiesta celebrada alegremente por el pueblo que, reunido en la iglesia, elegía al *Obispo de los locos*, paseándole procesionalmente por la ciudad, asistiendo después á grotesca misa (1); adulterios como el de Leonor de Guiena, que deshonra el tálamo del Rey de Francia y el tálamo del Rey de Inglaterra, como el de la paduana Speronella, que pasa de los brazos de su esposo Carrara á los del Conde Pagano, y de los de éste á los de Traversari, á los de Zausanno, á los de Ezzelino, á los de Olderico Fontana, nunca extinguidos sus impúdicos ardores (2); pestes tan terribles, que no bastaba la tierra de los vivos para contener los sepulcros de los muertos, y hambres tan inauditas que obligaban hasta vender en público mercado de Turno carne humana; enfermedades como la del *fuego sagrado*, que consumía las entrañas, la de los *cagotes*, la de los leprosos, mirados con indecible horror por todas las gentes (3); reminiscencias pa-

(1) Muratori, *De spectaculis medii ævi.*
(2) *Cod. Ecceliniano de Verci.* Año 1194. En Muratori.
(3) Rabano Mauro. *Contra Judæos*; caps. 57 y 58.

ganas, delirios de la astrología, influencias del Mahometismo, que protege y practica Federico II, y entusiasmos por el Budhismo, que viene de la China con las invasiones de los Tártaros y de los Mogoles; errores de la Kábala y del Averroísmo, «esos hijos perdidos de la Escolástica (1), pugnando por introducirse y arraigar en el seno de la sociedad cristiana, y por separarla de la Cruz, apartándola, al propio tiempo, de la realización fidelísima de sus destinos.» ¡Todo en vano!

(1) Jourdain.

V

No me tildarán de *parcialidad ultramontana* en la pintura de ese sombrío cuadro, que diríase trazado por pluma de racionalista empedernido, escribiendo de las *tinieblas y de las iniquidades del siglo* XIII.

La fuerza del espiritualismo es tan inmensa, y se asemeja de tal suerte á la fuerza omnipotente y creadora, á cuya virtud surgen los mundos de la nada, que por ella ahí quedan, en el Tabor del siglo XIII, en el que se han purificado todos los elementos que amenazaban obscurecerle, las más fecundas

elevaciones de la Historia, la sociedad más humana y más excelsa; que aquella exaltación de las almas, aquel *Sursum corda* que esculpe la idea de lo infinito hasta en las piedras de las Catedrales, *¡lapides clamabunt!* aquel perpetuo conocimiento de los fueros nobilísimos de la conciencia; aquel puro sentimiento de la religión, que á vuelta de todo es siempre lo que más interesa á las humanas sociedades; el romanticismo caballeresco, la continua comunicación entre el cielo y la tierra, entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia; la caridad llevada hasta el martirio; la tranquilidad en medio del oleaje de la combatida existencia; los presentimientos de esa vida que no tiene ocaso; las manifestaciones directas y visibles de la Providencia, que constituían la moralidad suprema de la Historia; la fe inconmovible; la aspiración ardorosísima de lo bello, de lo grande, de lo santo, han hecho del siglo XIII el siglo inmortal, en el que todo lleva sello y reflejo de lo infinito, lo mismo los delitos que las virtudes, lo mismo la ciencia que la ignorancia, lo mismo la santidad que el crimen, lo mismo las tremendas caídas que los

generosos arrepentimientos, que obligaban á Ulrico, monje de Cluny, á recitar el psalterio durante todos los días de su peregrinación á la Tierrra Santa; á Foulco de Nera, á derretir con el fuego de sus lágrimas la piedra del sepulcro de Cristo; á Lumberto, después de haber cortado la lengua al Obispo de Catnes, á cumplir severísima penitencia impuesta por el Papa, eterno defensor de los fueros de la equidad y de la justicia; á los caballeros asesinos del Arzobispo Conrado de Wurzburgo, constreñidos por las censuras de Roma, á marchar camino de Jerusalén, «ayunando á pan y agua, no probando carne sino en las Pascuas, no participando del eucarístico banquete hasta que sintiesen las congojas de la muerte, no pudiendo tomar mujer si enviudaban, ni volver jamás á la patria» (1), al marido de Gabriela de Vergy, señora de Fayel, á la que diera en comida el corazón del castellano de Coucy, á armarse con el bordón de los peregrinos, yéndose al Oriente, para apaciguar el oleaje de la conciencia

(1) Raynaldo. *Anno* 1203, núm. 45: 1202, número 10.

y librarse del estigma de la culpa, por la virtud purificante del dolor, en los abrasados arenales del desierto.

En medio de las gravísimas desdichas de ese siglo, la vida con pródiga y fecunda savia se extiende en toda su plenitud hasta los miembros extremos; porque una era la creencia y uno el deseo de sacrificarse por ella; y el pensamiento soberano del siglo XIII, el pensamiento de la eternidad, invade completamente la vida pública y privada... Grandes virtudes, grandes violencias, grandes calamidades son propias de semejantes tiempos, del seno de los cuales surgen aquellos caracteres resueltos de que Dante supo apoderarse para trasladarlos á la realidad de su escena sobrehumana, casi sin necesidad de añadirles ni de quitarles nada.

Los hijos de ese siglo, los hijos del siglo XIII, son hombres de ensueños, de aspiraciones, de poderosa energía moral, que descontentos de la impura realidad que los asfixia, como anticipada mortaja, buscan en la contemplación de lo infinito refugio para sus ansias inextinguibles, y descanso para sus esperanzas insaciables.

La noticia de un milagro, la aparición que cruza por el firmamento, la palabra de los franciscanos ó de los dominicanos, que arrebatan el corazón de tantos pueblos; el templo, que se consagra, en medio de sencillos esparcimientos, al benéfico milagroso patrono; la vocación de lo sublime, el amor espiritualísimo, inmortalizado en las leyendas de ese siglo; el afán de lo desconocido, la pasión generosa y exaltada, los mueve, los agita, los desasosiega, quizás los consume en sus ansias por desasirse de la prisión del límite; y unos tejen la vela, tallan la barca, y se pierden en las soledades del mar, á la Cruzada; otros se refugian en el nido de los monasterios, para vivir en íntima comunión con Dios, y saborear, en recompensa anticipada, los deleites inefables de la gloria; éstos, sienten dentro de sí la eficacia del milagro, que es casi siempre el premio de la fe, como aquel ciudadano de Pisa, cuyo nombre yace sepultado en el silencio de las crónicas, y que robando la verdadera Cruz de Cristo, regalada al emperador griego por Saladino, «atrevesó el mar á pie enjuto, y trajo la preciadísima reli-

quia á su patria» (1); aquéllos, viven atormentados por todos los ensueños del amor, como Pedro Vidal de Tolosa, «vestido de pieles, á manera de un lobo, por afecto á su dama, Lupa de Penautier» (2); quién, instigado por las indulgencias, pone los cimientos de Catedrales, cuya coronación verán á la larga sus hijos ó sus nietos, como los piadosos trabajadores de los cuales nos habla el Abad Aimón, escribiendo á los monjes de Teuteberg (3); quién, soñando con la Jerusalén apocalíptica, que los pintores de ese siglo han dejado en claustros como el de Asís, en Camposantos como el de Pisa, caminan peregrinos á Tierra Santa, á Roma, á Compostela, á Colonia, á Oviedo, contando más tarde entre los suyos, de regreso al hogar querido, la leyenda del sobrenatural viaje; los de acá, combaten á la sombra de milagroso Cristo, que extiende sus brazos desde el *carroccio,* como en la batalla de Monteaperti,

---

(1) Jacobo de Vorágine, *Crónica.*—Muratori, *Rer Ital. Scrip.* IX.
(2) Nostredamus. En la *Vida de los trovadores.*
(3) Mabillon, *Ann. Ord. Benedict.* Tomo VI, página 352.

cuando los sieneses, con sus mujeres, su obispo y sus clérigos, después de un ayuno de cuatro días, y hechas fervientes promesas á la Virgen, derrotan á los florentinos, apercibidos con poderoso ejército (1); los de allá, se sacrifican en holocausto por sus hermanos, y predican la caridad entre las malas pasiones de los hombres armados de hierro, como San Francisco de Asís, como Santo Domingo de Guzmán, como San Antonio de Padua, como Ugolino, cardenal de Ostia, como Venturino de Bérgamo; siglo sintetizado ahí, en el simbolismo de la *Divina Comedia*, en el misterio de las catedrales góticas, donde duermen, arribadas á los mundos de la eternidad, y ya rendidas por los estériles combates de la vida, esas generaciones espiritualistas de trovadores, de reyes, de caballeros, de santos, de damas, que levantan sus ojos, iluminados por el resplandor del deseo, al infinito espacio, en la medrosa obscuridad de las capillas, al centelleo de agonizante lámpara, sobre el polvo de la artística tumba, suspirando por

(1) Nicolá Ventura, *La Sconfianza di Montaperti.*

esos cielos de allende la muerte, donde el ideal será verdad en el día eterno de la visión beatífica de Dios.

En esas fieras repúblicas italianas, en cuya historia se contempla la historia de las repúblicas helénicas; en esas ciudades comerciales y artísticas juntamente, con sus largos sombríos soportales, sus palacios severos y fuertes, como apercibidos para continua lucha, sus obscuras encrucijadas, sus templos maravilla de hermosura; en ese suelo en el cual «la *planta hombre, más robusta que en el resto de Europa, ha crecido con los vapores de la sangre*» (1), en esa Italia del siglo XIII, que aún vive en los tercetos del *Poema Sacro*,

in cui han posto mano celo e terra;

y donde todo son banderías, combates, astucias, crueldades, Güelfos y Gibelinos, Blancos y Negros, Guidalotis y Obertinis, Scalas y Viscontis, Sforzas y Galeazzos, Ranieris y Castruccios, humilde fraile, bien ceñido por el burdo sayo, con el Crucifijo en la diestra,

(1) Alfieri.

palabra elocuentísima en los labios, predicaba, por mandato de Dios, la paz, confundiendo las bárbaras pasiones de los hombres (1).

En Florencia, en Siena, en Génova, en Milán, en Padua, dejáronse ver, en el promedio del siglo XIII, compañías de hombres, de mujeres, de niños, *Succonis* y *Battutis*, los cuales, movidos por las predicaciones de los franciscanos, y por las esperanzas de la eterna gloria, á la sombra de colosales Cristos, hiriendo con duras disciplinas la rebelde carne, entonando fervorosas letanías, poblaban los caminos y las ciudades, anunciándose á las gentes con estas dos palabras, *alfa* y *omega* de todas las aspiraciones cristianas de esa época, «Penitencia y Paz.»

No, nunca podrá olvidarse el historiador de esas transformaciones cuasi divinas, producidas únicamente por el imperio del espiritualismo, que todo lo negaba en la tierra, para concederlo todo en los cielos; por la

(1) Véase lo que cuenta Affo del dominicano Juan Schio, pacificador de la Marca Trevisana, *Storia di Parma*, tomo III.

magia de esperanzas suprasensibles; por las inspiraciones del ideal altísimo, que restablecía á la continua, sobre las violencias de los hombres, la soberanía práctica de la ley moral.

VI

Pero precisaba más. El poder del catolicismo había elevado al cielo las *Catedrales,* las *Summas,* los *Códigos,* los *Espejos,* los *Tesoros* del siglo XIII. Todo esto no bastaba, no; porque necesitábase cumplir lo que pudiera tomarse á primera vista por exaltación del piadoso deseo; faltaba transformar á la humanidad, haciéndola de prevaricadora, santa; de terrena, celestial, lo que había logrado la *locura de la Cruz* en los primeros siglos de la predicación cristiana.

Para eso apareció en el mundo el Redentor del siglo XIII, Francisco de Asís.

Un vendedor de paños, Pedro Bernardone, habiendo visitado Francia en 1182, topóse á su regreso á la ciudad de Asís con esperado hijo, á quien llamó Francesco, en memoria del hermoso país donde había acrecentado sus riquezas (1). El obscuro comerciante italiano estaba bien lejos de presumir que este nombre, de su invención, había de ser invocado por la Iglesia y llevado por los Reyes.

Educación cual convenía al heredero de bien hacendada familia, en aquellas ciudades italianas en las cuales ya comenzaba á imponerse la aristocracia de los adinerados á la aristocracia de los nobles; fantasía luminosa y abundantísima; corazón abierto á todas las generosas expansiones de los juveniles años; inspiraciones caballerescas que le habían de llevar con Gautier de Brienne á Sicilia, donde soñó una noche con aquel palacio lleno de armas, de espadas, de arneses, de manoplas, de caballos enjaezados, sabroso cebo para el

(1) *Johannes prius vocatus est a matre; a patre vero tunc redeunto a Francia, in cujus absentia natus erat, Franciscus post modus nominatus. Vita a tribus sociis.*—Cap. II, 4.—*Waddingus. Ann. Minor*, I.

arrojo de los paladines; voz clara y sonora (1) con que entonar en el silencio de la noche lánguida serenata al pie de cincelada reja ó de espiritual ojiva; deseo de aplausos y de renombre que le solicitaba á enamorar á todas las jóvenes más celebradas por sus timbres ó por su belleza en Asís, y á ser el primero en las ruidosas diversiones de aquel tiempo, por lo cual era apellidado «Señor de Amor,» «Flor de los caballeros» (2); espíritu enemigo de economías y de cálculos, cuyas continuas prodigalidades alarmaron en muchas ocasiones los proyectos del buen Bernardone; palabra entusiasta que fluía sin esfuerzo tersa y elocuente, como si tuviera el corazón en los labios; poeta de vena inagotable que componía famosos himnos, repetidos luego por todo el pueblo, y músico celebrado, tañedor de laúd y de arpa como los trovadores que en sus nocturnos esparcimientos le rodeaban; arrogante figura, espiritual cabeza, á través

(1) *Vir Sanctus alta et clara voce laudes domini gallice cantans.* Cf. Vita á Sancto Bonaventura, capítulo II.

(2) *Cives Assisiatis cum vocabant juvenem florem. Waddingus.* I.

de cuyos claros ojos irradiaba el fuego de su alma privilegiada; pasión por la naturaleza, nombre, amistad, amor, ilusiones, todo se aunaba para que fuera bien recibido por el mundo el joven Francesco, dedicado á toda suerte de frívolos pasatiempos en la bulliciosa ciudad real y pontificia, que juntaba á la belleza de sus damas y al bienestar de sus moradores, los encantos del suelo de Umbría, que guardan toda la hermosura poética de Italia.

Mas entonces, grande enfermedad tomóle cuando contaba apenas veinticuatro años, entregado á los placeres del amor, en toda la fuerza de la edad y del temperamento. Nadie sabe, nadie, lo que pasaría por los senos de esa alma, en las angustias de largo trabajoso padecimiento. Lo cierto, que dejó compañías, amigos, damas, diversiones, y se trocó en rendido cortesano de la pobreza, señora de sus pensamientos, prometida y esposa, «la más noble, la más rica, la más amable que se viera jamás» (1), abrazándose con sus

(1) *Vita á tribus sociis.* I.—*Santo Bonav,* capítulo VII.—*I Fioretti...* capítulo XIII.

oprobios para siempre, como enclavado ya en la Cruz.

Entonces fué cuando comenzaron los grandes desasosiegos, las lágrimas y los suspiros sin motivo; el profundo descontento de sí mismo; el hastío, la repulsión de todo lo que antes hubiera constituído sus delicias; las nostalgias inexplicables, precursoras del estallido de esas pasiones que arrastran á la santidad ó al crimen; el huir de todos, para refugiarse en solitaria cueva; los largos cuotidianos paseos apoyado sobre nudoso báculo, por las rientes campiñas de Asís al crepúsculo de la tarde (1); los insomnios, las plegarias, las visiones, como cuando se figuró ver ante sus ojos la Cruz en el Calvario, Cristo agonizante entre las deicidas muchedumbres, y las palabras que daba por contestación á los antiguos camaradas, al preguntarle si sufría mucho: «lloro la Pasión de Jesucristo, mi Redentor y mi Maestro, y no debería avergonzarme de ir llorándola por toda la tierra» (2).

---

(1) Thomas Celano. I.
(2) *Plango Passionem Domini mei Jesu-Christi*

El padre, el honrado comerciante, que ambicionaba para su hijo la tranquilidad del hogar, y no las inquietudes del destino incierto; el calor de la familia, y no la frialdad de los claustros; el bienestar de bien hallada medianía, y no las alturas sociales que dan vértigos; el cariño de los padres ó de una esposa, y no la compañía de los discípulos veleidosos, puso á Francisco en obscurísima prisión, imaginando extinguir en él, á fuerza de rigores, la fe en su vocación y el entusiasmo de sus místicos arrebatos.

La madre, la cariñosa madre, aun á trueque de morirse de tristeza, viéndole marchar del sacro nido al sombrío convento, quebrantó la cárcel del impaciente pajarillo, que voló con el gozo de la inesperada libertad para cantar las alabanzas de Dios, puestos en cruz los brazos, sobre la cumbre de las montañas, y en lo más hondo de los valles.

Era aquello el comienzo de la nueva Pentecostés del espiritualismo cristiano; que la predicación de San Francisco ¡ah! fué como

---

pro quo non deberem verecundari alta voce ire plangendo per totum mundum.—Vita á tribus sociis.

la predicación de los apóstoles, renovadores de la faz de la tierra, por la doctrina de la Cruz.

Improvisado tribuno, ceñido por grosero sayo; austero, demacrado, loco de amor divino, motejado antes por calavera, y hecho ahora ludibrio de su ciudad por penitente, objeto de las mofas de todos, de los grandes y de los chicuelos que le tiran del capuz, y llegan á arrojarle piedras hasta herirle; solo, falto de autoridad mundana, sin riquezas que prometer ni legiones sobre que mandar; mendigo y enfermo, confortado por la propia virtud y por la gracia de su Padre; con la Pasión de Cristo dentro de su alma, el fatuo, el estólido, el perseguido, el que de nadie era conocido, á no ser de sus ciudadanos que de él se burlan; el galán de ayer, el trovador de Asís, llevó á cabo la revolución más profunda que cuentan los anales de la Edad Media, y que será como piedra miliaria en los caminos del inmortal espíritu, y el decisivo quebranto para los elementos paganos que aún se agitan en las entrañas de la sociedad del siglo XIII, ganado para Dios y para la Iglesia por el fecundo apostolado de San Francisco.

¡Bendito sea!... Entonces, entonces pudo cantar Guittone de Arezzo, aquel cumplido elogio del Serafín de Asís:

Cieco era il mundo; tu failo vi sase,
Lebroso; hailo mondato,
Morto; l'hai suscitato,
Scesso ad inferno; failo al ciel montare.

VII

Y aún no se habían extinguido en los aires los acentos de sus palabras, ni perdido en los horizontes el resplandor de ese apóstol divino, semejante á aquel ángel que San Juan viera surgir como el sol por el Oriente, cuando desciende de la sacra montaña de Asís la primera generación de Poetas Franciscanos, que van á llenar la Europa con los rumores de sus cánticos y el aleteo de sus místicas oraciones.

Son los tiempos del espiritualismo, recogido por esos discípulos del Santo de Asís, hasta en la quinta esencia de su alma y hasta la

médula de sus huesos, caldeados por las corrientes del amor.

Allá van, *Frá Pacífico*, desertor de la literatura pagana, *rey de los versos*, á quien la leyenda supone coronado por el Emperador Federico II con la corona de laurel, y que tocado de la gracia cuando oyó predicar al Santo en la iglesia del burgo de San Severino, postróse á sus piés, recibiendo el ceniciento hábito y el nombre de Pacífico «por haber sido vuelto de la inquietud del mundo á la paz de Cristo» (1), expiando sus triunfos y obscureciendo su nombre en esos cánticos anónimos, tan frecuentes en la Edad Media, como quiso también ocultar su frente coronada bajo el capuz de los Hermanos Menores (2); *Frá Jacomino* de *Verona*, bien penetrado del fervor de la Orden que refleja en la simplicidad de sus poesías, en esos versos donde ha querido, como él dice, rimar dos historias, la del Infierno y la del Paraíso, en

(1) Waddingus.

(2) *Legenda Sancti Francisci*, S. Bonav. C. IV.—Acta SS. Oct. Vol. II, pág. 752. Edit. Antuerpiæ.—Waddingus, *Ann.* ad ann. 1212 y 1225.—Crescimbeni, *Comm. delle Volgare Poes.* T. II, parte II, p. 15.

dialecto veronés, de 340 y de 280 versos respectivamente, muy semejantes en su forma á esas *Canziones de Gesta*, que constituyen el entretenimiento de los pueblos en el siglo XIII; San Buenaventura, Doctor Seráfico, mirado por Gerson «como el más excelente maestro, aparecido en la Universidad de París,» todo lleno del idealismo platónico (1), y que tomando en una mano la revelación de San Juan, y en la otra las adivinaciones del *Timeo*, ha dejado luminoso sistema de metafísica, eternamente amable, principio, no solamente de todo lo que escribe este coloso del pensamiento, sino de todo lo que tuvo de más excelso en su primer siglo la literatura franciscana, y subido con las alas de la intuición, del amor, del deseo, hasta Dios, al que puede llegarse por el vuelo de la razón y por el vuelo del sentimiento; sobre todos ellos, por su significación en la historia literaria y en la historia política de Italia, *Jacopone de Todi*, doctor, cenobita, orador, santo, jurisconsulto, poeta, casado con hermosísima mujer, muerta

(1) Bonav, *In Magister Sent.* libro II, dist. I, pars. I. 9. I.—Sermón 13 in Hexæmer.

de improviso en el hundimiento de un tablado apercibido en la plaza pública de Todi, con ocasión de solemnes fiestas, fraile, un poco más tarde, después de ser el oprobio de la plebe, que le mancha el sayo de lodo, y la mofa de los del claustro, que le niegan la entrada reputándole estólido, hasta que da pruebas de su buen sentido presentando á los Hermanos dos composiciones, una en prosa latina rimada, y otra en versos italianos, y comienza á prorrumpir en cánticos, jamás por mí leídos sin anegarme en lágrimas de admiración y de simpatía por ese loco, por ese insensato, por esa alma caldeada por el rayo de todas las tempestades; vida azarosísima que es la práctica de todos los martirios, desde la persecución hasta el hambre, desde la calumnia hasta la envidia, desde la burla hasta el anatema, desde la desolación del espíritu á la soledad del cuerpo, en obscurísima prisión desde la cual escucha adolorado las letanías de los peregrinos, que llegan á Roma al Jubileo del 1300; ¡Jacopone! hermano gemelo de San Francisco, de Savonarola, de Dante, de Buenaventura, de la eternamente amada Santa Isabel de Hungría, y alma pu-

rísima, que brilla engarzada como estrella polar en el coro de los escogidos, en el cielo, y en la región de los que siempre viven, en la Historia.

Y con la generación de poetas que tiene su nido en el Santuario de Asís, y que cantaban por las campiñas italianas, al bajar la noche sobre los valles, la tierna canción de Jacopone,

¡Dolce amor de povertade
cuanto te deggiamo amare!
povertade poverella
umiltade e tua sorella;
ben ti basta la scodella
e al bere e al mangiare... (1),

inspirados también por la misma idea moral, en cuyo culto San Francisco se inmolara,

---

(1) V. acerca de Jacopone de Todi, entre otros: Wadingus, *Scrip ord. Min. Cum suplemento* Sbaraleæ, pág. 366. *Ann. Min.* Vol. V. ad ann. 1298, número XXIV, et ad ann. 1306, núm. VIII.—*Le poesie spirit. del B. Jacopone de Todi, con scolie e annotazioni di Frá Francesco Tresatti, da Lugnano.* Venecia. 1617.—Quadrio. *Stor. della Poes.* T. II. página 172.—*Stor. della Lett. Ital.* di P. L. Guingené; trad. del Prof. *Benet. Perotti.* Tomo II, desde la página 300, Milano. 1823.—*Stor. della Lett. Ital.* di Paolo Emiliani-Gundici. Seconde ediz. Vol. primo, pág. 105 y sic. Firenze. 1855. Más notas bibliográficas irán en un libro acerca de Jacopone que, Dios mediante, no tardaré en publicar

viene á la Historia generación de artistas, que llenan con las grandezas de su fantasía, la tumba, la iglesia y el cenobio del «Caballero de Cristo,» y levantan, como el himno de la esperanza, esos tres edificios, asilos de las mágicas intuiciones del genio seráfico: *Santa María la Gloriosa de Venecia,* edificada en el año de 1250, con sus tres naves iguales en proporciones á las de una Catedral gótica, su hermoso ábside, sus ventanas inmensas, sus vidrios de celestes colores, sus altas bóvedas sembradas de estrellas, que recogen las oraciones de la tierra para ofrecerlas á las plantas de la inmaculada Vírgen en su triunfo; el *Templo de Padua,* comenzado en 1237, sobre el sepulcro del bendito San Antonio, con sus siete cúpulas y sus dos campanarios, bien conocida imitación de San Marcos de Venecia, y su fachada elegante y severa, y los dos rosetones de su crucero, dignos de las más bellas Catedrales del Norte, y cuyos claustros, altares y muros, hanse cubierto con los milagros de ese Santo—obedecido por los mares y por los vientos, por los peces y por los hombres,—por los más ilustres pintores del siglo XIII, peregrinos de

cenobio en cenobio, y de burgo en burgo, buscando para la otra vida indulgencias, en el siglo XIV, con la leyenda de San Jorge y la leyenda de Santa Catalina, y en el siglo XVII, con los frescos de Tiziano, del gran Tiziano, que anhelando también hacer méritos para la gloria ultramundana, ¡él! tan cargado de terrena gloria, encerróse en el Santuario de Padua, y no quedándole ya espacios ni en aquella iglesia ni en aquellos claustros para dejar la luz de su paleta, buscó nuevos cielos á sus inspiraciones, pintando lo que se llama *Scuola del Santo;* la iglesia de *Aracœli* en Roma, con 22 columnas de granito, formando tres naves á manera de las basílicas primitivas, y adonde, cargado de laureles y de años, pintó Cavallini, el piadoso discípulo del Giotto, la profecía de la Sybila, y Pinturrichio, el artista penitente, la leyenda de San Bernardino de Siena, iglesia de humilde aspecto, y de interiores magnificencias—buena imagen de la vida santificada por San Francisco, en la cual todo es pobreza por de fuera, y gracia por de dentro;—y desde cuya puerta lateral se contemplan, entre tantas sagradas ruinas, el Foro, el Coli-

seo, el desierto de la campiña romana, como serena perspectiva de la eternidad.

Pero precisaba aún algo á la gloria artística de la Orden Franciscana, y para coronarla apareció la *Santa Croce* de Florencia, en forma de Cruz, y como la Cruz desnuda y severa; con sus tres naves sostenidas por 14 pilastras y 16 ojivas; á la derecha y á la izquierda del coro, como nidos levantados sobre los brazos de la Cruz, capillas misteriosas que pintaron Giotto, sus discípulos Stéfano y Taddeo Gaddi, luego Giottino, hijo de Stéfano, y Angelo, hijo de Taddeo, que en estos siglos el pincel era como la espada, hereditario; y allí pusieron, ante la vista atónita de la humanidad, la Sagrada Historia de la Virgen, y la de la infancia de Jesucristo, la leyenda de Santa Magdalena, para consuelo de los pecadores, el martirio de los Apóstoles, para estímulo de los que se marchaban en cristiana misión entre los Sarracenos y los Tártaros; por último, como digno remate de este templo sepulcro—que años más tarde había de profanar la Revolución sacrílega, llevando á su recinto las cenizas de muertos sin gloria y sin honor,—la leyenda de San

Francisco, que ha dejado al desaparecer del mundo, en divina herencia, á sus discípulos, el poder inmenso de su espíritu, que aún vive, sobre las ruinas de tantos naufragios, agitando el corazón de la humanidad esperanzada (1).

Nunca, nunca se gusta tan intensamente la suave poesía de la Orden Seráfica como recorriendo las páginas de ese libro hermoso, de ese ramillete espiritual, que se conoce con el nombre de *I Fioretti di San Francesco*.

Precisa leer esta crónica poema en su primitivo lenguaje rudo y sencillo, en esos libros de ferias de papel grueso y amarillento, adornados las más de las veces con tosca y expresiva viñeta. Tiene todo el encanto, toda la suavidad de las salmodias antiguas, de las *sequentias* de las iglesias italianas, de las estatuas de los primeros artistas que se apartan de las tradiciones bizantinas. Los arreglos y traducciones posteriores, aderezándole en la forma, hanle quitado mucho de su es-

(1) V. para las prescripciones de estas iglesias franciscanas, á Vasari, *Vite di Pittori. Vita di Giotto, di Giottino, di Taddeo.*

píritu candoroso y piadosísimo. Así, que á no leer este libro en el italiano del siglo XIV, que guarda todos sus místicos aromas, es casi imposible traducir *I Fioretti,* con su ingénita melodía, y su gracia natural é incomparable.

VIII

Bien necesitado estoy de la indulgencia de los lectores, por haberme detenido (¡y Dios sabe con qué íntima complacencia!), prolijo y fatigosísimo cronista, escribiendo de los caracteres generales del siglo XIII, con el recuento de la influencia traída á la historia por San Francisco de Asís y su Orden. Discúlpeme el confesar sinceramente que, después de repasados los anales de ese siglo, y puestos en parangón hombres con hombres, instituciones con instituciones, nunca he dado con héroes tan por entero, ni con sociedades tan perfectas, como esas dos Órdenes religiosas, como esos franciscanos, y

esos otros hijos de la Cruz, los dominicanos; Órdenes que son, realmente, como los polos del universo moral, sobre los cuales gira la humanidad en el siglo XIII.

Las excelencias de la Orden seráfica andan esparcidas en indigestas crónicas, en pesados *in folios*, dormidos, sin que apenas se turbe su sueño, sobre el polvo de nuestras bibliotecas eclesiásticas y civiles, precisando extraer la quinta esencia de esas vetustas obras, y presentar, como hice en esta sazón, lo más saliente y oportuno.

Las excelencias de la Orden dominicana compiladas están en popularísimo libro, que escribió Lacordaire (1), y todo lo que pudiera decirse con ocasión de este asunto, dicho está, y con profundidad y elocuencia no igualadas, en la obra de ese *nuevo profeta*, de ese ilustre restaurador de los Hermanos Predicadores en Francia.

Dos Órdenes para dos necesidades, para

(1) *Vie de Saint Dominique.*—V. la obra del ilustre Obispo de Oviedo, D. Fr. Ramón M. Vigil: *La Orden de Predicadores.* Madrid, 1884. — P. Marchese: *Memorie dei piu insigni Pittori, Scultori, e Architetti Domenicani.* Bolonia, 1879.

purificar á la sociedad por el amor y por la ciencia, por el sentimiento y por la razón, por la plegaria y por el silogismo; y que bien definió el poeta teológico, cuando remontado á las cumbres del Paraíso, cantó de Santo Domingo y de San Francisco:

> L'un fu tutto serafico in ardore,
> L'altro per sapienza in terra fu
> di cherubica luce uno splendore.

¡Ah! la bendita, la universal transformación del siglo XIII, no puede, no, explicarse sin el apostolado del hijo de Pedro Bernardone, y del hijo de los Guzmanes de Calaruega; sin los franciscanos y los dominicanos.

«No, ya no era el *señor feudal* el que amonestaba á los pueblos, era el *hermano*, el «fraile,» el que los aconsejaba y dirigía; ya no era sólo el Obispo, con su lucido y numeroso cortejo el que les hablaba de humildad y de pobreza, era el «menor,» descalzo, vestido con un saco amarrado por una soga, y con un Cristo en la mano, el que les hablaba de resignación y de virtud. ¿Qué importaba que la herejía se disfrazara con la librea de la pobreza, si más pobre se presentaba la fe?

¿Qué importaba que ostentase saber, si eran sabios, ornamentos de las escuelas, y gloria de las Universidades, los que les predicaban la verdad? ¿Qué más daba que la poesía hiciera dulce á sus oídos el acento del error? Más dulces y más suaves eran á los oídos del pueblo los cantos populares de los poetas franciscanos, que ensalzaban la caridad, el amor de Dios y de los hombres, en sus himnos ardientes, entonados á lo largo de los caminos en sus penosas peregrinaciones y jornadas» (1).

Pero no finalizaban aquí los propósitos del espiritualismo cristiano, que aún debía de ir mucho más lejos en el cumplimiento de su misión civilizadora, arrollando todos los obstáculos que las reminiscencias paganas, pugnando por prevalecer, le oponían.

Insuficientes, para llevar á dichoso término la nueva redención del mundo en el siglo XIII, la influencia artística y la influencia científica, promovidas por la Iglesia; porque para que el ideal cristiano envolviera y compenetrara toda la vida, como la eternidad

(1) Pidal.—*Santo Tomás de Aquino*, pág. 256.

compenetra y envuelve al tiempo, menester eran las corrientes de influencia moral, tan poderosa, que hiciera de todos los hombres, sin apartarlos de las afecciones del hogar, hijos del claustro, y del mundo, cuan vasto es, la santa é inexpugnable *Ciudad de Dios*.

Para lograrlo, se instituye la *Orden Tercera* de San Francisco y de Santo Domingo. Cualquiera podía ingresar en ellas, con las condiciones de restituir todo lo mal adquirido, reconciliarse sinceramente con el prójimo y cumplir los Mandamientos de Dios, los de la Iglesia y los de la Regla. Las mujeres necesitaban, además, el consentimiento expreso ó tácito de sus maridos; y á fin de que no hubiese entre los Terciarios más vínculos que la voluntad libérrima, se advertía que la inobservancia de los estatutos no implicaba pecado mortal.

Y toda la Europa fué Terciaria. Así se realizaban en el siglo XIII las palabras del apóstol San Pablo, que condensan toda la economía del Cristianismo: *Instaurare omnia in Christo quæ in cœlis et in tærra sunt;* por la universal consagración del mundo de la gracia sobre el mundo de la naturaleza; del de-

seo de la existencia sin ocaso, sobre los afanes por lo que concluye, con cuatro paletadas de polvo, en el sepulcro; de la exaltación espiritualista «sobre los vanos fantasmas del sentido» (1); de las ansias de amor, de luz, de hermosura, de bien, de vida, sobre las mezquinas satisfacciones de la tierra; y más que todo, á virtud del trabajo generoso é incesante de rehabilitar al hombre por lo que tiene de más excelso, por su alma.

Dante, el soñador florentino, atormentado por todas las tempestades de su época, y más que por ellas por la tempestad eterna de su alma; Dante, que contemplara en el destierro y en la patria las proezas de los franciscanos y de los dominicanos, y fuera amigo de muchos de ellos, allá á la sombra de su San Juan querido, perteneció, con Giotto y Stéfano, y multitud de sabios, de guerreros, de príncipes, de artistas, á la Orden Tercera de San Francisco; y no, no quiso irse para la eternidad, esa eternidad abrumadora que él encerrara, acaso para libertarse de sus sue-

(1) S. Bonav, *Itinerarium mentis in Deum;* capítulo VII.

ños, en su poema, sin vestir el hábito del inmortal Gonfaloniero de Cristo, como esperando su intercesión y su ayuda al penetrar por los umbrales de la muerte.

A la Orden Seráfica venían entonces, como aves solitarias del cielo que apenas tocan sus alas la superficie de la tierra, Clara de Asís, la grande amiga de San Francisco, y Elena de Ensimelli, la grande amiga de San Antonio; Inés de Bohemia, que desdeñó los desposorios con el Emperador de Alemania y con el Rey de Hungría, cuando Santa Clara le mandó, como símbolo de la vida del claustro, una cuerda, una escudilla y un crucifijo; Isabel de Francia, hermana de San Luis, que rehusando contraer matrimonio con el hijo de Federico II, Conrado IV, entra, para ser esposa de Jesucristo, en el convento de Clarisas de Longchamps, ascendiendo luego al coro de los santos, como su hermano (1); Salomé, Reina de Gallitzia; Cunegundis, Duquesa de Polonia; Margarita de Provenza, viuda de Luis de Francia, y que esperó vein-

(1) Mad. de Richardays, *La Court de Saint Louis;* página 259.

ticuatro años en el cenobio el momento de subir á los cielos á reunirse con tantas dilectísimas almas (1); la hermana del Rey de Portugal, Elena, y sobre todas ellas, la Duquesa de Thuringia, Santa Isabel.

Extraordinarias facultades la adornan; exaltada virtud la realza; espíritu sublime la santifica; caridad herótica la envuelve con sus fulgores místicos, como la aureola á los bienaventurados; dolorísimos cambios del destino la glorifican aún más en el reino de Dios y en las adoraciones de los siglos que bendicen hasta la sombra de su recuerdo en Warbourg, testigo de sus bodas, y en Creuzburgo, testigo de su maternidad, en la montaña Santa de Andechs, solar de su familia, «adonde llevó en piadosa ofrenda su traje de novia, cuando de esposa dulcemente amada vino á ser triste y desterrada viuda» (2), en Bamberg, donde la piedad le dió asilo contra la furia de sus inhumanos perseguidores; hasta que, á los veinticuatro años, despnés

(1) II. Chap. IV, partie seconde.
(2) Montalembert, *Sainte Elisabeth de Hongrie.* Introd.

de iluminar con las irradiaciones de su espíritu todas las glorias de su siglo, fuése á embellecer los espacios infinitos con su muerte en Marbourg, en ese Marbourg que ella eterniza dejándole en herencia su tumba, sellada por el fuego de muchos besos y por el calor de muchas lágrimas.

Ella, la dulce Santa, no aceptó, ya viuda, el matrimonio que le propuso Federico II, «el Emperador más insigne si se hubiera cuidado del alma» (1), como cuenta una ingenua y fidedigna crónica del siglo XIII. «Cuando la joven reina de Hungría, viuda á los veinte años, era arrojada cruelísimamente del trono de Thuringia, el Emperador le había ofrecido partir con ella su corona, é Isabel había respondido estas palabras: Señor, he tenido un esposo que me amó tiernamente, y de cuyos honores y poder participé en su Corte, que fué la mía. No riquezas, no goces me han faltado en el mundo; y pienso ahora lo que siempre he pensado, y vos, Señor, sabéis muy bien, que el gozo del mundo nada vale. Por eso quiero dejar el siglo y pagar á Dios

(1) *Crónica de Salimbeni.*

lo mucho que le debo, es decir, las deudas de mi alma» (1).

Y á los pocos años, cuando las deudas de esa alma angélica fueran ya satisfechas por austera vida de pobreza, de caridad, de sacrificios, y la Iglesia la levantaba sobre sus altares, confirmándola Santa, Federico II, entre prelados, abades, nobles y muchedumbres que devotamente la aclamaban, desposeído de las orientales vestiduras de la imperial corona, cubierto con el sayal de los penitentes, desnudos los piés, adolorado el altivo rostro, trémulo de emoción, asistió á las ceremonias de la canonización de Isabel, y al ver exhumar el hermoso cuerpo, ya por el soplo de la eternidad transfigurado, tomó en sus manos la diadema cesárea, y poniéndola sobre la cabeza de la muerta, dijo: «Puesto que no he podido coronarla viva como emperatriz, quiero, al menos, coronarla hoy como reina inmortal en la Corte de Dios» (2).

Y ahí queda Santa Isabel, como una de las

(1) V. Mad. de Richardays, *La Court de Saint Louis;* chap. IV, partie premiére, págs. 105 y 106.
(2) *La Court de Saint Louis;* chap. IV, partie premiére, pág. 107.

figuras más extraordinarias y más simpáticas, provinientes de la regeneración espiritual del siglo XIII, atrayendo por los imanes de su poder moral, como si en torno suyo, como en derredor de los grandes soles, gravitasen almas, mundos y cielos.

IX

Estos grandes ejemplos de desprendimiento y de renuncia, esto de abandonar el trono por el claustro, la áurea corona por la corona de espinas, los esparcimientos del palacio por las tristezas de la celda, ¡qué alta trascendencia ejercerían en el espíritu de esos tiempos, enamorados con mortal pasión de todo lo que se distinguiera con la señal de lo grande y de lo extraordinario! ¡Y cómo despojaban á los hombres de los groseros terrenales instintos, de la prosa de la realidad mezquina y cuotidiana, para ascenderlos por los caminos de lo ideal, que entonces dignificaba la naturale-

za, y embellecía todas las manifestaciones de la vida, con la atmósfera de la más delicada poesía, divina ó humana!...

«Por ese tiempo, dice Ozanam, la poesía está en todo» (1). Es como el oxígeno de las almas, y vive con vigorosa savia en la levadura de ese siglo que ha contemplado la dominación de San Luís; el apostolado de Santo Domingo y de San Francisco; el predominio de la *Escolástica;* las hazañas de los últimos cruzados; las Universidades de París, de Salamanca, de Bolonia; los esfuerzos civilizadores del papado; el crecimiento de los Comunes con las Dietas en Alemania, Hungría y Polonia, con los Estados generales en Francia, con los Parlamentos en Inglaterra, con las Cortes en España, con las poderosas repúblicas en Italia; siglo que inspira las pinturas de Giotto, de Cimabué, de Orcagna, el Camposanto de Pisa, el *Campanile* de Florencia, la Santa Capilla, las Catedrales de Colonia, de Burgos, de Toledo, las visiones de la *Divina Comedia,* el *Código de las Partidas,* los *Establecimientos* de Luís IX, el Derecho

(1) En *Les Poëtes Franciscains...*

cristiano caballeresco con las *Assises;* las estrofas amenazadoras del *Dies iræ;* las lamentaciones del *Stabat Mater;* la leyenda del *Pobre Henrique,* de Harmann, y la leyenda de la *Santa Virgen,* de Wernher; el *Miroir de Sajonia* y el *Miroir de Suabia;* las Crónicas rimadas de Brunswick, de Colonia, de Austria; las *Crónicas del Mundo* (Welt Chronik); la *Modestia,* de Freidank; los *Apólogos,* de Boner; el *Renner,* de Trimberg; la *Hija de Sión,* obra mística de autor desconocido; el *Parcival* y el *Tirturel,* de Wolfranc de Eschembach; la *Canzone,* de Guido Calvacanti; los *Poemas* de María de Francia y los de Conrado de la Flecke, *Floires et Blanche fleur;* los Romances de *Gerard de Nevers,* de *Roncesvalles,* de *Bernard,* de *Montaubán,* de *Rolando,* de los *Quatre fils de Aymón;* el *Tristán,* de Godofredo de Strasburgo; los recitados de los *Minnensingers,* el *Oficio del Sacramento;* las populares predicaciones de los Poetas Franciscanos: en toda esa época de amor, de misticismo, de entusiasmos, de leyendas, de pasiones, de violencias, de ternura, de religiosidad, de devoción, de romanticismos caballerescos, de inquietudes, de

aspiraciones, sensibilizada propiamente en esas ojivas que parecen desasirse de la tierra, suspirando por la eterna visión de lo infinito.

El mundo de lo sobrenatural constituye siempre el fondo, *l'arrière scene*, de la existencia de los pueblos en el siglo XIII. Las almas viven ligadas á las visiones de la vida futura, á esas odiseas del cielo á la tierra y de la tierra al cielo, frecuentemente verificadas en las leyendas de los Santos, en las crónicas monorrimas, en las tradiciones populares, y que tienden á unir soberanamente lo que está soberanamente desunido, las regiones de aquende y allende la tumba, el tiempo y la eternidad (1).

En ese siglo, todo ha de responder necesariamente al anhelo de lo infinito y á la espectativa de lo eterno, como si esta vida presente fuera indigna de preocupar el alma de esos hombres, todo pasión y sentimiento.

Y no se oponía de ninguna suerte esta creencia profundamente espiritualista, que juzgaba del hombre lo que el hombre real-

(1) Tirasboschi. *Stor. della Lett. ital...* ab anno 1183 ad annum 1300. Lib. II, cap. I.—A. Maury. *Essai sur les legendes pieuses...*

mente es, al sentimiento de la naturaleza, nunca tan artístico ni tan verdadero como en el siglo XIII, llamado á resolver el enigma, para todas las filosofías heterodoxas impenetrable, de esa ecuación entre el mundo exterior y el ser racional que lo contempla.

El amor á la naturaleza, ha dicho Ozanam, es el vulgar y obligado tópico de esa balumba de poesías, disipadas en vaporosos sentimentalismos (1).

¡Quién no reconoce en esos oropeles ridículos, en que tanto abundan las literaturas contagiadas por los maniáticos furores del Renacimiento, que se trata menos de la manifestación de íntimos delicados rumores del espíritu, que de satisfacer sistemáticos y arbitrarios convencionalismos!...

Lo que no es concedido á todos, lo imposible para los entendimientos superficiales, ¡ah, desbordarse en pasión legítima, en verdadero sentimiento por el mundo exterior, mirarle con desinterés y con respeto, buscando en él lecciones y no sensual deleite, algo que vive disperso y nebuloso, y que sea como el de-

(1) *Poëtes Franciscains...*

signio primordial de Dios sobre el universo de la materia, para reproducirlo é idealizarlo en creaciones imperecederas, en las cuales viven, en perfecto consorcio, lo real y lo ideal, tan frecuentemente excluídos y divorciados.

El Cristianismo, acusado de bárbaro enemigo, de destructor implacable y nefasto de la naturaleza, es el único *credo* que constriñe al hombre á respetarla, á amarla seriamente, elevándole al conocimiento del plan divino que la sostiene, embellece y santifica.

Y el siglo XIII, con el poeta San Francisco de Asís á la cabeza, estudiando, á la claridad de esa doctrina, la creación, recorre en ella todas las jerarquías, en busca de los vestigios de lo increado; encuentra al Soberanamente Bello en las criaturas bellas; no desdeña ni las más humildes, ni las más despreciadas; y, acordándose de la identidad de su origen, las llama sus hermanos y sus hermanas (1). «¿Por qué atormentáis así á mis hermanos los corderillos?»—preguntaba en cierta ocasión el Santo...—Y á los pájaros cautivos les

(1) En la obra cit., pág. 73 et suiv.

decía: «Tortolitas, mis hermanas, sencillas é inocentes, ¿cómo os habéis dejado aprisionar?» (1).

Leed el *Cántico al Sol*, que este bienaventurado de Asís, que este Angel «marcado con la señal del Dios vivo» (2) entonara después de cuarenta noches de vigilia, y vuelto de las visiones de un grande éxtasis. Ese cántico es el poema de la naturaleza transfigurada por el espiritualismo cristiano. En él, todas las criaturas tienen la nota con que poder hablar á lo infinito; «el sol, que nos da el día y la luz; la luna, y las estrellas, claras y hermosas; el viento, el aire, los nublados, la calma; el agua, que es útil y humilde, preciosa y casta; el fuego, que ilumina la noche, bello y agradable á la vista, robusto y fuerte; la tierra, que produce toda suerte de frutos, de flores, de hierba, ¡oh, Dios mío!—concluye el cántico—sed alabado á causa de los que perdonan por amor á Vos, de los que sostie-

(1) *Sororulæ meæ turtures simplices, innocentes et castæ, ut qui ita vos cepi permisisti?* (S. Bonav.; Legenda S. Francisci, pág. 176). Apud Bolland.

(2) Bula de León X. *Ite et vos in vineam meam.* Ann. 1517.

nen pacientemente la enfermedad y la tribulación, y de los que perseveran en la paz.»

Laudate et benedicite mio signore et regratiate; et servite a lui cum grande humilitate (1).

Dentro del redil Seráfico, y como grande amador de la naturaleza, no puede, no, darse al olvido al milagroso Hermano que surge á mi recuerdo, como lo veíamos en mi ciudad querida allá por Junio, el nimbo en la cabeza, el ramo de azucenas en las manos, los ángeles de largas alas á las plantas, la serenidad y la sonrisa de los bienaventurados por el rostro, descalzos los piés, manchado por el polvo del camino el pobre sayo; no puede, no, olvidarse—iba diciendo—«al fiel servidor Antonio» (como dice el libro de las Florecillas), el cual, predicando en la ciudad de Rímini, y negándose á asistir á su sermón los empedernidos herejes, fuése á la playa, y comenzó á predicar á los peces, que salieron de los abismos de las aguas para escucharle,

(1) V. á los Bolland. T. II, Oct. pág. 1.003.—Beati Patris Francisci, Opera omnia. Colonia, 1849.

«puestos en grande orden y concierto» (1); ni al autor sublime del *Stabat Mater*, del B. Jacopone de Todi, que ha dejado la estela de la inspiración en sus cánticos, y la estela de la inmortalidad en los hechos de su vida agitadísima, y que exclama, embriagado por la santa pasión que le poseía: «Todo lo que el mundo contiene me excita al amor, al eterno amor. Bestias de los campos; pájaros que hienden los horizontes llenos de luz; peces que se agitan en los senos de las grandes aguas; Sol y Luna; grano de arena removido por la espumosa onda; astro cansado de bogar por el firmamento; cielo, mar, tierra, todo canta delante de mí el himno ardiente é inacabable del amor» (2).

Este sentimiento de pasión infinita hacia todas las criaturas, santificado por el Trovador de Asís, por los poetas franciscanos, era ingénito y universal en las generaciones del siglo XIII, que veían en la naturaleza el complemento de la manifestación á la humanidad de Dios, cuyos designios se han escrito lo

(1) *I. Fioretti...*, capitolo XXIX.
(2) *Poesie spirit*, lib. VI, cap. 34.

mismo con palabras de luz, en la revelación de la Escritura, que con escalas de soles, en la revelación del Universo.

Equivócase, pues, grandemente el racionalista Laurent, cuando escribe en sus *Études sur l'histoire de l'humanité*, que el siglo XIII, *corona de las épocas monásticas*, ha consagrado en su ascetismo la destrucción de la naturaleza, flagelada por el cilicio, como sombra del primer pecado; aduciendo, para probar su tesis, testimonios de San Bernardo, de San Francisco, de San Pedro Damiano—en su libro de *Laude flugellorum*,—de San Buenaventura, de Juan de Salysburi, en su totalidad ó mal interpretados ó apócrifos; y concluyendo por elogiar paganamente, á la manera de Schiller y de Goethe, la vida harmónica—como él dice—de la *Grande y venturosa Grecia*.

No. El siglo XIII ni ha desdeñado á la naturaleza, ni ha prescindido de la realidad; porque idealizando lo sensible y sensibilizando lo ideal, purificó la naturaleza y hermoseó la realidad, reverberando en una y otra la luz de lo infinito, y transfigurándolas en escala mística que ha de conducir á las almas

de la contemplación de las bellezas creadas, al presentimiento y á la visión de la belleza absoluta, del arquetipo increado, de la esencia incomunicable que anima desde la gota de rocío, hasta la inmensidad del mar; desde el resplandor de la inteligencia, hasta el resplandor del lucero de la tarde; desde el perfume que asciende de los valles á las nubes, hasta la oración que asciende de las almas á los cielos.

Invisibilia enim ipsius, a creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur (1).

La naturaleza idealizada por los artistas, por los filósofos, por los santos del siglo XIII, guardaba íntimas poéticas relaciones con el alma y con Dios (2). «Si durante la noche el »pobre levantaba los ojos al cielo,» ha dicho el Conde de Montalembert, «no veía la Vía »láctea de Juno, sino el camino de sus her»manos hacia Compostela, ó el camino por »donde subían los bienaventurados á la glo»ria. Sobre todo, el mundo de las flores era

(1) Paul, *Epis. ad. Roman. I.* 20.
(2) Vicente de Beauvais, *Specul. nat.*

»el símbolo de la región de la dicha, y la »lengua muda de los más vivos y tiernos sen»timientos.» Esas flores tenían nombres significativos y hermosos, como la *flor de Santa Isabel,* humilde y escondida como ella (*Elisabet sblunchem*); *flores de la Virgen, ojos de la Virgen, ¡¡¡no me olvides!!!* La tierra brotaba rosas del color de la sangre del corazón, y lirios que se regaban con muchas lágrimas; y cuando moría alguna Santa, las flores se secaban al mismo tiempo, ó se inclinaban tristemente al pasar el féretro, como se cuenta en la leyenda de Santa Juana de Portugal (1).

El pueblo creía en las simpatías de la tierra; y ésta, ¿no debía efectivamente estar reconocida por hallarse asociada á la religión y á la vida del hombre? ¡Ah! Nunca como entonces pudo decirse con el poeta de los *Cantares*: *¡Pleni sunt cœli et terra gloria tua!* (2)

(1) *Sainte Elisabeth...* Introd.
(2) *Cant. Cant.* II. 1.—IV.—12.

UNIVERSITY OF

X

Pero no se llenaba el corazón del siglo XIII con el sentimiento de la naturaleza, por noble y hermoso que este fuera.

La poesía, la devoción, las esperanzas, la cultura, el alma, ahí las colocó, en esa Virgen, *flor del campo, lirio de los valles, paloma sin mancilla,* en María, en quien y por quien se ha purificado sobrenaturalmente la naturaleza, transformándola en el espejo límpido y sereno en el cual la Soberana Hermosura se contempla.

Y el culto de la Virgen, ferviente como en ninguna otra época de la humana historia,

es otro de los grandes sentimientos que han de espiritualizar la vida en el siglo XIII.

El nombre y las glorias de María palpitan en todas las elevaciones de ese siglo; en el escapulario que llevan sobre su corazón desde los villanos hasta los Reyes; en las predicaciones de las Órdenes religiosas; en la tierna devoción del Rosario; en las férreas armaduras de los guerreros; en los versos de los trovadores; en las *Summas* de los teólogos; en las letanías de los peregrinos; en las intuiciones de los artistas, que no sabiendo, que no pudiendo hacer ya más, la levantan sobre los profetas que han cantado la epopeya de las mesiánicas esperanzas, sobre los apóstoles que han anunciado la Buena-Nueva á las naciones, sobre los ángeles y los querubines, en la cumbre de las afiligranadas torres, junto al arrebol de los espacios, como lo habían soñado los pueblos que, tomados de la pasión espiritualista, hanse de la obscura tierra desprendido, poniendo su corazón y sus amores en lo más alto de los serenos cielos.

Y en Italia, en Cataluña, en la Provenza, en Portugal, en Castilla, en Inglaterra, en

Polonia, en Sicilia, entre las brumas de Alemania, los trovadores del siglo XIII hacen un himno de su vida, para pulsar en alabanza de la Virgen la cuerda más dulce de su laúd, la cuerda de su corazón.

«Cantemos, y nunca cesemos en nuestros cánticos á esa buena Virgen, que todo lo puede con su Hijo. Ella es nuestra esperanza y nuestra grande consoladora, y en el cielo nuestra tierna Madre,» decía Walter de Wolgeweilde.

Gil Vicente encerraba todas las *saudades* de su alma, en este viejo y popular elogio de María:

1

¡Muy graciosa es la doncella!
¡Como es hermosa y bella!

2

Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave, ó la vela, ó la estrella
es tan bella.

3

Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo, ó las armas, ó la guerra
es tan bella.

4

Digas tú, el pastorcito
que el ganadico guardas,
si el ganado, ó los valles, ó la sierra
es tan bella.

Alfonso el Sabio la celebraba en sus *Cántigas,* en el dulcísimo dialecto gallego, apellidándola *fror das frores* é *rosa das rosas;* Conrado de Wurtzburgo deseaba juntar en su honor «todos los rayos de ternura y de belleza que la veneración del mundo cristiano le dedicara;» Tibaldo de Champagne, que dejó en testamento su corazón á un monasterio de Clarisas, poniéndose al emprender la marcha para la eternidad bajo el amparo de María, ofrecíale, como el incienso de su espíritu, candorosas trovas; Gautier de Coinsy resumía en sus *Miracles de la Vierge* lo más sentido que adivinaran el arte y la piedad para honrarla; los poetas franciscanos la saludaban al crepúsculo vespertino, por las campiñas italianas, como al misterioso lucero de la tarde; San Buenaventura la bendecía incesantemente como á la «Fuente del Paraíso,» «Arca del Diluvio,» «Escala de Jacob,» mujer divina, entrevista por el profeta

del Apocalipsis, calzada de la luna, vestida por el sol, coronada de doce estrellas, y la invocaba en ese bello poema que comienza:

¡Ave, cæleste lilium!
¡Ave, rosa speciosa!
¡Ave, mater humilium
superis imperiosa!... (1)

María de Francia amenizaba la corte de San Luís con la lectura de místicas canciones, compuestas «en honra de Nuestra Señora y Nuestra Reina» (2); Jacopone de Todi dejaba el *Stabat Mater speciosa* y el *Stabat Mater dolorosa,* y repetía, entre los hermanos de su convento, este cántico de sencillez y de pasión inimitables:

María, vergine bella,
scala, che ascendi e guidi all' alto cielo
da me leva quel velo,
che fa si cieca l'alma tapinella...
Vergine sacra, del tuo padre sposa,
di Dio sei madre e figlia (3).
.....

(1) S. Bonav. *Specul Mariæ;* lect. IX.
(2) *La Court de Saint Louis;* partie II, chap. V.
(3) Petrarca copió este verso en el siguiente suyo:

Del tuo parto gentil figliouola e madre.

Porgi soccorro, ó vergine gentile,
A quest' alma tapina,
e non guardar, ch' io sia terreno e vile,
e tu del ciel regina;
o stella mattutina,
o tramontana del mondan viaggio,
porgi il tuo Santo raggio
alla mia errante e debil navicella (1).
Vergine chiara e estabile in eterno,
di questa tempestoso mare stella;
d'ogni fedel nocchier fidata guida;
pon mente, in che terribile procelle
y mi ritrovo sol senza governo (2).

Y Dante, el cantor de la epopeya católica que llega al cielo, y el más grande trovador de todos ellos, después de haber visitado en vida el misterioso mundo de las almas, no quiso coronar las estrofas de la *Divina Comedia* sin poner en los últimos arreboles del Paraíso, como en la cúspide de la Catedral, á la Santa Virgen, á la cual dirige la sublime

(1) Petrarca imitó estos dos versos de Jacopone en los suyos:

Socorri alla mia guerra
ben ché i' sia terra o tu del ciel regina.

(2) *Stor della Lett. ital.* di P. Sanfilippo; vol. I., págs. 153 á 164.—Palermo, 1859.

plegaria con que comienza el último canto del poema:

Vergine madre, figlia del tuo figlio... (1)

La Virgen Madre que había domeñado con el idealismo de su culto las costumbres semibárbaras de los tiempos medios, ¡ah! era el único amor digno de esas almas del siglo XIII, atormentadas por todas las inquietudes de la vaga adoración sin ídolo.

E imposible resumir aquí con la brevedad que demandan estos apuntes, la trascendencia social de la devoción caballeresca rendida por el siglo XIII á María,

.....bel fior, ch' io sempre invoco
e mane e sera... (2)

y que provocara las manifestaciones más asombrosas del romanticismo caballeresco, la apoteosis de la mujer, brillante y esplendorosa, por esos tiempos, en los cielos de la poesía y de las almas.

(1) Paradiso. Cant. XXXIII.
(2) Paradiso. Cant. XXIII-30.

XI

La Caballería, ha dicho una de las mayores glorias literarias de Francia, es, ante todo y sobre todo, la exaltación de los más nobles sentimientos, la apoteosis de todo amor puramente ideal y romancesco, la glorificación fervorosísima de la mujer, rehabilitada á virtud del Cristianismo en la Virgen María» (1).

Y en ese siglo XIII, el siglo más excelso de la Historia, las instituciones caballerescas dan sus frutos. Entonces la idea moral sustituye en las relaciones sociales á todo

(1) Ampere.—*Revue de deux Mondes*, 1838.

estímulo de lucro ó de egoísmo; la leyenda se hermosea con inspiraciones y asuntos desconocidos hasta aquella época; el sentimiento del honor purifica las costumbres, tocándolas con el fuego del espiritualismo; el valor individual, elevado á eminentes cumbres, suple la falta de las leyes represivas y las deficiencias de las justicias; el sentimiento de humanidad vibra robusto entre los estruendos de los combates; consolídase el poder de los Reyes, á virtud del sostén de los más heróicos paladines; viene á la Historia una nueva forma de nobleza que va á ilustrar á los Monarcas con sus consejos; únense la República y la Iglesia, como se unen el caballero y el fraile; líganse las naciones por el poderoso vínculo de la fraternidad cristiana; despiertan para siempre los siervos, los villanos, el pueblo, oprimido antes por el férreo guantelete feudal; el amor se convierte en culto, en adoraciones inefables, adoraciones que llevaran á un obscuro desterrado de Florencia, movido por el amor,

Amor me mosse che me fa parlare,

á eternizar á Beatriz, símbolo del ideal, la

mujer ángel, luz, amor, vida, sobre las cimas relampagueantes de la gloria (1).

De ese siglo proviene, ciertamente, la delicadeza de los modernos siglos, que no sólo ahuyenta y anatematiza todo acto dudoso ó cobarde, sino la más leve vacilación en punto de valor ó de honra; que no sólo rechaza todo ultraje, sino hasta la sombra de un insulto; que observa las deudas de honor como las más sagradas, por lo mismo que por ninguna ley están protegidas; que guarda escrupulosamente el buen nombre, como los antiguos paladines guardaban el brillo de su glorioso escudo.

La consagración que hacía la Iglesia de la caballería, aumentaba los prestigios de esta, que en el siglo XIII no debe de considerarse únicamente institución pública, constituyendo el primer grado de la jerarquía feudal, sino institución eminentemente religiosa (2).

Por eso la Iglesia armó en sus altares al caballero, haciéndole jurar sobre el libro sagrado de los Evangelios; y le dió la inves-

(1) V. *An history of Chivalry*, por Mills. — Londres, 1825, pág. 46 y siguientes.
(2) Ampere.—*Loco cit.*

tidura de la Justicia, con palabras y ritos solemnísimos; y bendijo sus armas, consagradas á la defensa y al amparo de todo sentimiento noble y generoso; y le protegió con los rayos de sus anatemas, como había protegido también al peregrino; y le lanzó por las caminos de la Tierra Santa en busca de un Sepulcro; y le dió abrigo en la soledad de sus monasterios, oraciones en los rezos de sus breviarios, y lo exaltó hasta convertirlo en representante en la tierra del Dios fuerte y grande de las victorias.

Todo esto rodeaba al caballero con aureola de veneración y de respeto. Bayardo, el héroe sin miedo y sin tacha, en cierta ocasión se confesó con uno de sus compañeros de armas. Joinville cuenta en su *Crónica*, que los barones franceses, prisioneros con su Rey Luis IX en Egipto, confesáronse los unos con los otros, al ver penetrar en la prisión á sus verdugos. «Á los piés de uno me arrodillé, alargándole el cuello después de haber hecho la señal de la Cruz, diciéndole: *Así moría Santa Inés*. A mi lado se arrodilló Gnido de Ebelín, Condestable de Chipre, y se confesó conmigo, dándole yo la absolución en cuanto

Dios me facultaba para ello; apenas levantado, no volví á acordarme de una sola palabra.»

Si el caballero moría lejos de su hogar y de sus amores, un escudero cavaba el sepulcro al pie del antiguo tronco del que colgaba los gloriosos trofeos, para eterna recordación de sus hazañas; si sobre los campos de la victoria, sus compañeros le tributaban los últimos solemnísimos honores.

Ahí está esculpida, idealizada, la Caballería, en los claustros de nuestras viejas Catedrales, en la Catedral de Burgos, en la Catedral de Sevilla, en la Catedral sublime de Toledo. Ahí están, en esa ciudad de la muerte, esperando el día de luz, entre tantas nubes de incienso y tantas aladas oraciones.

Ahí están, con los Obispos, con los Reyes, con los doctores, con las vírgenes, con las damas que despiertan sueños de amor, aun desde las tristezas y desolaciones de la tumba.

Ahí están; los caballeros que fueron á la conquista del sepulcro de Cristo con sus armas, cruzadas las piernas; los que murieron vencedores sobre los campos de batalla, con el casco á la cabeza, el acero en las manos,

león vivo á los piés; los que murieron vencidos, despojados de la cota de armas, las manos caídas sobre el pecho, el león humillado en el polvo; los que cierran en la paz sus ojos, descubiertos, y el lebrel á las plantas dormido; todo un poema, todo un universo de leyendas, de historias, de acontecimientos ruidosos; todo el coro de famosos caballeros que pasmaron al mundo con sus proezas, que esperan allí, recostados en la tierra, al resplandor de las sacras lámparas, entre el humo del incienso y el rumor de las salmodias, el día eterno de la resurrección universal.

De ellos puede decirse lo que de Brandimarte cantó Tasso: «Moriste, ¡oh, caballero! combatiendo contra los enemigos de tu religión; el cielo te abrió sus puertas, y en la tierra los lamentos de los héroes más ilustres, del amigo más fiel, de la amante más tierna, hicieron crecer flores inmortales en tu sepulcro» (1).

(1) *Gierusaleme liberata*, cap. VIII.

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

XII

Las literaturas reflejan en el siglo XIII, como en ninguno de los otros siglos de la Edad Media, esa grande exaltación caballeresca, modificándola, según los distintos temperamentos nacionales, y afirmando la profunda verdad de aquellas palabras de Platón: «el hombre de la poesía y del arte es más real que el hombre de la crítica y de la historia.»

Mirad los provenzales. Para ellos, elocuentes como los filósofos de la Academia perfumados por la miel del *logos*, de vivísima apasionada fantasía, nerviosos, impresionables, artistas que viven entre los cánticos de fes-

tín eterno, á la sombra de los frescos naranjos, en los placeres de los castillos, en las Cortes de Amor, donde las damas de indecible hermosura, encanto y desesperación de los trovadores de su siglo, realzadas por lujoso tocado, y seguidas de cortejo lucidísimo, han venido para resolver, como los platónicos, los problemas del sentimiento que nos vivifica, «de la pasión que llena con su presencia al Universo» (1); para los provenzales, decía, el amor es el que celebran en los versos de sus *sirventes,* ligero, fácil, expansivo, galante, voluptuoso. Su poesía no será otra que la poesía del *Gay Saber.*

Los italianos quieren desposar la inspiración de la inteligencia con la inspiración del sentimiento. Por eso la ciencia del amor ha de ser en la Italia del siglo XIII, ciencia grave y severa. La *canzone* de Guido de Calvacanti, adorador de Mandetta de Tolosa, definiendo la misteriosa esencia del amor, es por los doctores explicada desde las cátedras de las Universidades, é interpretada con fa-

(1) Platón.—En el *Banquete. Discurso de Erysimachus.*

tigosos comentarios por los eruditos, con todas las sutilezas de la *Escolástica*.

Y Beatriz, la Virgen florentina, la dulce hija de los Portinari,

> ...donna di virtu sola per cui
> l'humana specie eccede ogni contento
> da quel ciel ch'a minori i cerchi sui!... (1)

concluyó por idealizarse y transfigurarse, envolviéndose en la alegoría de esas reminiscencias platonianas que ha de recoger y de elevar, en el siguiente siglo, como el aroma de su alma, el gran Petrarca.

Para los alemanes la fuerza poética, el supremo encanto de la vida, descansan en esa última y más impenetrable profundidad de la naturaleza humana, en el corazón, y dentro del corazón, en el sentimiento más universal y más divino, en el amor. Expresión del corazón y del amor ¡ah! es la calentura que calcina á la materia y el fuego que se apodera del espíritu; la profunda melancolía sin motivo; las lágrimas, que al brotar son esféricas, como mundos de dolores; la reclu-

(1) Purg. XVIII, 16.

sión perpetua del alma en las regiones de lo ideal, las aspiraciones sin nombre, las esperanzas sin objeto, el deseo. *(Sehnsucht.)*

Y la manifestación del deseo es el encanto, *(Minnegesang)* que reviste entre los alemanes más realidad que los eruditos poemas de los italianos, y más pureza que las gozosas canciones de los provenzales. La nota de ese canto es la mayor parte de las veces la elegía. Infranqueable alcázar encierra, defendiéndola de las miradas del profano, á la bella incógnita, á la cual no puede celebrarse más que por el lánguido suspiro; porque el verso caballeresco, respetuoso, nunca osará, nunca, proferir su nombre.

Un *Minnesinger* cuenta que el joven Titurel, nutrido por las severas enseñanzas del capellán de su castillo, se atemorizaba hasta de la sombra del *amor*, santiguándose devotamente cuando esa palabra, en presencia de él, se pronunciaba. Interrogado por un sabio, confesó Titurel que en sus manos habían caído los versos del poeta Ovidio, cuyas lubricidades hirieran, con herida de muerte, su inocencia. El sabio alabó las timideces del morigerado discípulo, suministrándole á se-

guida provechosa lección, enderezada á que pudiera distinguir en lo sucesivo el amor impuro de los siglos paganos *(Amor)*, de las santas ternuras del amor espiritualista y cristiano *(Minne)*.

Gottfried de Strabourg dice «que la *Minne* reina en el cielo, amparándose bajo las alas de los ángeles, domina en la tierra, y no está ausente más que del horrible infierno» (1). Esta tendencia y esta doctrina de los alemanes, es el culto de los sentimientos que dignifican á la humanidad *instaurada* por el Cristianismo, la religión caballeresca del amor, ofreciendo los homenajes de su ternura á la Virgen, á la mujer y á la naturaleza; porque todos los poetas del siglo XIII se complacen en juntar en un mismo coro, y en confundir en las bendiciones de sus himnos esas tres virginidades—de las cuales únicamente la de María ha permanecido sin mancilla,—la tierra, al salir de las manos de Dios, Eva, antes de la primera culpa, la

(1) Véase el tomo VII de las obras de Ozanam.—*Litt. allemande au Moyen-Agé*, pág. 176.—Dante. *Vita Nuova*.—*Convito*, II, 2.

Virgen Santa, que ha de corredimir y purificar á la mujer ya prevaricadora y caída, y á la naturaleza ya contaminada y rebelde.

Yo no he sentido ni comprendido nunca esta suprema aclamación de la mujer, como contemplando esas estatuas orantes sobre los sepulcros de nuestras Catedrales, iluminadas como triste crepúsculo por el resplandor de siglos muertos. No sé decir dónde la he visto, pero la llevo siempre conmigo en el fondo impenetrable de mi alma. Esas creaciones, esas blancas estatuas con el rostro sellado por la huella de espiritual demacración, y las manos juntas en oración extática; esa dulce expresión que hace desear seguirlas aun hasta en la podredumbre de la fosa; esa languidez tan llena de atractivo; la aureola de melancolía que las envuelve; el largo brial que las adorna; ese reposo de la muerte, contraste del fuego, de la pasión que acaso habrán prendido en sus huesos; esas creaciones, decía, por no sé qué revelación íntima, me parecen siempre como sublimación del amor, como el símbolo de los sentimientos caballerescos, como la transfiguración de la mujer que se

ha deslizado por la tierra para darnos muerte de amor, para poner la nota del espiritualismo en el arte, y la nota de celeste poesía, de inefables consuelos en las dolorosas contradicciones de la vida.

LIBRARY

XIII

Por fin la devoción espiritualisima á la naturaleza, á la mujer y á la Virgen; el ideal de esos siglos, ávidos de luz y constreñidos en ocasiones á caminar entre tinieblas; el universo de las almas se simboliza y se sublima en la creación por excelencia de la Edad Media, en la Catedral.

Á la sombra de sus altas torres vive en el siglo XIII aquel pueblo sencillo, religioso, artista, libre, movido por una aspiración común, en el espontáneo ascensional movimiento hacia la belleza, la verdad y el bien, que anima á la Europa cristiana en esa época;

aquel formidable *estado llano*, torpemente considerado por Michelet, por Pelletan, por Laurent, y otros historiadores racionalistas, cuando escribiendo de su condición política y de su condición civil, le llamaron *vil rebaño de esclavos*, bien contento con la infame señal de su servidumbre.

Estudio detenido y severo de las crónicas y de la legislación del siglo XIII, demuestra suficientemente que no era, no, el pueblo, en ese tiempo, el *abyecto montón de siervos*, corrompidos por la ignorancia, cegados por la superstición, que nos presentan, en su manía de novelar la historia, autores asaz impresionables, empeñados en desnaturalizar cínicamente la obra de la emancipación social, por la Iglesia demandada y cumplida.

El Cristianismo había dignificado al triste siervo pegado al terruño, igualándole á su señor; y la Edad Media concedía á los pobres la dignidad que la divina Iglesia les reconociera, denominándolos *sus riquezas*, y mirándolos como viviente imagen de Jesucristo, el cual, agonizante sobre la Cruz, *habíase con la pobreza desposado*.

No tienta, no, al tercer estado, no tienta

al pueblo en el siglo XIII, ni el aguijón de la cruel duda que atormenta al alma, ni la fiebre de los placeres terrenales que consume al cuerpo. El Catolicismo le ha dado el símbolo de su destino temporal y eterno, en el Baptisterio, en la Catedral, en el Camposanto.

El predominio de la ley moral, el yugo del sentimiento religioso le contiene y le dignifica.

Á esos villanos que ven la vida como vana sombra de sombra, y la eternidad siempre transparentándose en la conciencia, las esperanzas suprasensibles los estimulan; las penitencias, tras grandes culpas, los redimen; el fuego del espiritualismo los acrisola; la conformidad con el dolor los agiganta; la preocupación de lo infinito los ennoblece; y todo los mueve á poner sus hogares, como en los viejos burgos del siglo XIII, al amparo de la Catedral, donde todo les habla de Dios: las campanas sonantes á resurrección ó á muerte; los Santos que parecen contarse unos á otros misterios de la tumba; las Vírgenes que levantan su mirada á los cielos; los ángeles que suenan las apocalípticas trompetas; en las capillas y en los claustros los sepul-

cros en los cuales descansan las cenizas de sus padres, junto á los sarcófagos de los Reyes y de los Obispos, y en cuyos senos acaso ellos esperarán también, entre los clamores del órgano, y el murmullo de las oraciones, y los acompasados cantos del facistol, el día de la resurrección universal.

Caridad exigida y practicada por la Iglesia, por los Reyes, por los nobles, cumplidores fieles de la doctrina de San Basilio, y de la doctrina de San Ambrosio, que dice á los poderosos de la tierra: «El pan que guardáis es de los que tienen hambre, el vestido que encerráis es del indigente que está desnudo,» explicada por Santo Tomás como fundamento de la renuncia voluntaria, no de la expoliación, del sacrificio, y no del robo (1); fraternidad cristiana, bienes de los pobres, *Patrimonium Christi, Patrimonium pauperum* (2), distribuídos con maternal solicitud entre los que, siendo para el mundo los últimos, son para la Iglesia los primeros; asocia-

(1) *Summa Theol.* Secunda secundæ; 99, 32, 66.
(2) Graciano. *Decretum.* Causa 12. Capitulares de Carlo Magno. VII-58.

ciones económico-religiosas, ocurriendo á las necesidades de las multitudes en el siglo XIII, robusteciendo la dignidad de los obreros, y resolviendo pacíficamente el conflicto entre el trabajo y el capital, todavía esfinge babilónica para nuestros modernos directores; protección visible de Dios, que nunca se aparta de sus predilectos los humildes y los ignaros, á quienes habla por el milagro, por la reliquia, por el Jubileo, por la Cruzada, por los ejemplos de los Santos, por las predicaciones de los frailes; pan para el alma y pan para el cuerpo, nada faltaba en esa época á los hombres del estado llano, contentos con su suerte, que vinieron á infortunar entonces los Valdenses, los Beghinos, los Begardos, los Albigenses, los Dolcinistas; y, en el siglo siguiente, los Lolardos, los Minoritas, Wicleff, Juan de Huss, Jerónimo de Praga, precursores y hierofantes, todos ellos, de los apóstoles de la liquidación universal.

Para ese pueblo, *fuerte de cuerpo, sano de corazón,* las fastuosas solemnidades de la Iglesia son como los oasis de su existencia.

«La fundación de un monasterio era un acontecimiento como el de la fundación de

un reino,» ha dicho Mabillón (1). ¡Y cómo contribuirían á suavizar el yugo de las cuotidianas faenas, á idealizar la vida de esas generaciones del siglo XIII, las puras manifestaciones de las artes, puestas al servicio de la Iglesia; los autos y los misterios, representados bajo los atrios de los templos (2); los romances de los trovadores, cantando la guerra y el amor (3); las fiestas con las que celebraban los burgos la entrada de los Reyes, de los Príncipes, de los Obispos; el jubileo que despertaba la conciencia; la Catedral, que era el ensueño de las almas!

Unos marchaban á la guerra, otros se iban á los claustros; quiénes subían á las cátedras de las Universidades; quiénes á las cortes de los Reyes; que en ese siglo, profundamente democrático, el pueblo podía aspirar á las dignidades más eminentes, ya de la Iglesia, ya del Estado, toda vez que tenía á muchos de sus hijos en los altares del Cristianismo, y en el trono de los Pontífices romanos.

---

(1) *Annales vetera.*
(2) Lecoy de la Marché. Obra citada.
(3) Ferrari. *De antiqui romanzi e dei poemi romanceschi d'Italia.* Vol. I, Milano 1828.

Por otra parte, los principios de la Economía política, procuradores del bienestar material de las naciones, nunca fueron con tanto acierto definidos y aplicados como en el siglo XIII, por el ministerio de la Iglesia (1).

«Y lo que en vano los economistas modernos, dice Carlos Perín, pretenden conseguir á virtud del individualismo, lo realizó, en los tiempos medios, la Iglesia, por el poder de la caridad y de la asociación» (2).

M. Guerard atribuye al catolicismo, como suprema causa, el mejoramiento de las clases populares, ennoblecidas por los fueros de esa gran democracia cristiana del siglo XIII (3). Macaulay reconoce con noble imparcialidad «que por la acción de la Iglesia sobre las conciencias había ya cumplido en esa época la obra de la emancipación social del tercer estado» (4). Dareste de la Chavanne, el ilustrado historiador de las clases agrícolas en

(1) Cibrario.—*Della Economia politica in medio ævo.*

(2) *La Richese dans les sociétés chretiennes.* Trois. Edit. París, 1882, t. III.

(3) *Proleg. du Politique d'Irminon,* pág. 209.

(4) *History of England.* From the accesion of James the seconds, chap. I.

Francia, estudiando á la luz de la erudición contemporánea el movimiento de manumisión que llena la Edad Media, afirma «que la unanimidad de testimonios históricos rinde honor al espíritu del Cristianismo, y á los esfuerzos civilizadores de la Iglesia.»

Así, el espiritualismo del siglo XIII, que buscaba únicamente el reino de Dios y su justicia, «obtuvo por añadidura los bienes y goces legítimos de que pueden disfrutar los hombres acá en la tierra» (1).

(1) Pidal, *Santo Tomás de Aquino.*

XIV

Al mismo tiempo los doctores católicos no desdeñaban descender de las cumbres de la teología, para poner los fundamentos de la ciencia política; y en el fondo de los monasterios se preparaban esas gigantescas concepciones, cuya profundidad y sentido práctico causan pavor á los más ilustres estadistas.

Escuchad á Santo Tomás de Aquino: «La ley es una disposición racional publicada por el que tiene el cuidado de la comunidad, con el propósito de procurar el bien común.

»De aquí tres condiciones sin las cuales las leyes nunca serán justas. En lo que con-

cierne á su fin precisa que tiendan á la utilidad general; en lo que toca á su autor que no salgan de los límites de su poder; consideradas en su forma exígese que las cargas de la república sean repartidas conforme á cierta igualdad proporcional. Solamente cuando juntan estas tres condiciones las leyes obligan en conciencia. Las leyes injustas no son más que violencias, destituídas de todo valor obligatorio. El levantamiento del pueblo en contra de un gobierno tiránico no podrá ser calificado de sedición. El que abusa de su autoridad merece ser despojado de ella. Entre todas las formas de gobierno la Monarquía será siempre la preferible, cuando no degenere en tiranía. Las leyes más perfectas son aquellas á cuya formación concurran los varones prudentes, con el pueblo» (1).

En tanto que estas máximas se explicaban desde las cátedras de las Universidades, é iban á repetirse por los estudiantes hasta los confines de la Europa cristiana, los Papas,

(1) *Summa Theol.* P. 1.ª 2.ª q. q. 90, 4; 95, 4; 96, 4.—P. 2.ª 2.ª q. q. 42, 2; 65, 3.

persiguiendo su aplicación, contenían con los prestigios de su autoridad á esos bárbaros coronados, que pugnaban por dominar con el poder dictatorial de sus espadas, denunciando á la maldición de Dios y á las execraciones de la historia las torpezas de Federico II, ó las rapiñas de Felipe IV.

Las viejas Capitulares Carlovingias ya estatuyeran que «la Ley se hace por el consentimiento del pueblo, y por la constitución del Príncipe» (1). Alfredo, el legislador de los Anglo-Sajones, quiso que sus vasallos «fuesen tan libres como sus propios pensamientos.»

Y en los siglos XII, XIII, XIV, cuando la organización política de la Cristiandad se efectúa, el sistema representativo llega á ser un hecho universal. Dietas en Alemania, en Hungría, en Polonia; Parlamentos en Inglaterra; Cortes en España; Estados generales en Francia; por todas partes asambleas donde la nobleza, el clero y el tercer estado comparecen por medio de sus procuradores, representando todos los intereses sociales, y

(1) *Lex fiit consensu populi et constitutione rege.*

decidiendo con los Monarcas soberanamente de los destinos públicos.

Ya los prelados ingleses habían presentado á Juan sin Tierra los artículos de la Carta Magna. Los nobles de España se tenían por los iguales de sus reyes, y el pueblo por noble.

Las ciudades alemanas se unían en formidable liga; la mitad de Italia no obedecía más que á instituciones democráticas; el Santo Imperio Romano era electivo y en las solemnidades de la coronación, tales como la Iglesia las hubiera primitivamente establecido, los príncipes prestaban juramento de fidelidad á su vasallos, antes de recibirle de ellos.

Así vivían nuestros padres; generaciones fieras é inteligentes, de corazón intrépido, de brazo fuerte, de alma noble; calumniadas infamemente en sus costumbres para desacreditar su fe, y presentadas como míseras siervas, por sólo el hecho de haber sido cristianas.

Todas las buenas libertades de los pueblos han nacido á los alientos creadores de la Iglesia. No pretendo, no, á ejemplo de algunos escritores, reducir las divinas funciones de

la Iglesia á una suerte de tribunal protector de los intereses plebeyos, ni limitar el hecho místico de la redención á la emancipación material del género humano. No. Este punto de vista judaico no es el nuestro. Pero sin dar al olvido, ni por un momento, la misión celeste del Cristianismo, ¡cuánto consuela, cuánto anima hacer el recuento de sus beneficios en el orden social de los pueblos, hoy, cuando naufragan entre los encrespamientos de la Revolución todos los ideales no católicos!

[illegible] UNIVERSITY LIBRARIES

XV

La Iglesia, pues, había cumplido todas las inefables esperanzas de la divina redención en el siglo XIII, levantando las almas á lo ideal.

Y el simbolismo de todas estas grandes elevaciones ahí está, en las Catedrales góticas, esos milagros de la esperanza y de la fe.

La arquitectura griega era puramente exterior, uniforme, como la vida de la ciudad; formulaba su pensamiento en una línea sencilla, monotona, que corría invariablemente de frontón en frontón, de friso en friso. La arquitectura cristiana, por el contrario; interior, múltiple, variaba y rompía sin cesar la

línea, para traducir, por la diversidad de sus inflexiones, la diversidad de sus sentimientos. Primeramente había imitado la Basílica romana, como el claustro había imitado la villa. Luego, fué abandonando poco á poco la copia para seguir la propia inspiración.

Había conservado la bóveda, la rotonda del pretorio, y había añadido á la nave principal una segunda nave cruzada. La Iglesia tenía, entonces, la forma de la Cruz del Calvario; la cabecera daba al Levante, la portada al Poniente. El doble piso de columnas romanas, unidas entre sí por arcos, sostenidas por una armadura, había desaparecido sucesivamente en una metamorfosis más poderosa y más poética.

La nave grande, flanqueada por otras naves laterales, bajas y bañadas en sombra, subía á toda la altura de la Catedral. El pilar, formado de columnas armoniosamente agrupadas, subía atrevido hasta la balaustrada de la galería interior que circulaba al rededor de la nave principal. A esta altura formaba un nudo en el capitel; brotaba, luego, en columnitas, para ir á morir en primorosísima moldura de un cielo de ojivas.

La bóveda aérea, sembrada de claves esculpidas que caían en coronas, y de estrellas de plata que brillaban sobre fondo azul, flotaba magnífica, como sostenida milagrosamente, sobre los vidrios de las ventanas.

Los vidrios, historiados, pintados en colores vivísimos, iluminaban con dulces resplandores la Catedral. ¡Ah! Cuando el creyente miraba por la tarde al sol que se oculta, desde el fondo del santuario, el gran rosetón de la fachada, llameante y vertiendo majestuosas claridades, creía ver la puerta de cristal entreabierta é inflamada del Paraíso. Encima de ese trono brillante, desde donde el Cristo, sentado en su gloria, juzgaba á los muertos del valle de Josafat, los órganos lanzaban á los aires el trueno solemne de su voz.

La Catedral era la sublime epopeya arquitectónica, atrevida hasta la exageración, fecunda hasta la profusión, donde todas las formas entrelazadas, desvanecidas unas en otras, balanceadas y rimadas por el número tres, cifra de la augusta Trinidad, iban, venían, ondulaban, corrían de la forma del trébol á la ojiva, de la ojiva al arco, del arco

á la elipse. El alma virgen del Cristianismo palpitaba, bajo la piedra, en ardiente savia... La materia transparente, transfigurada, espiritualizada, y siempre ascendiente, parecía haber perdido bajo el cincel su mole y su pesadez.

Allí era, allí, la casa de Dios, siempre palpitante y sonora, llena de vagas tinieblas y de misteriosísimos murmullos, convocando en su grande hospitalidad, y reuniendo al derredor de su santuario todas las voces del arte, todos los himnos de glorificación, la música, la escultura, la pintura, la joyería; desplegando sobre todas sus paredes la piadosa crónica del Evangelio, en bajo relieves ó en cuadros, y sobre sus puertas, sobre sus contrafuertes, en sus galerías, en sus arcos, en torno de sus capillas, ángeles, santos, Cristos, doctores, obispos, peregrinos, mártires, caballeros, vírgenes... Sobre este amontonamiento de prodigios, la torre, último prodigio, se perdía en el cielo en pirámide aguda, calada, bordada, impalpable, imponderable como el vapor. Desde allí la campana dominaba al burgo. Cuando tocaba para llamar á los fieles á la plegaria, la vibración

inmensa, repetida hasta lo infinito, bajaba de piedra en piedra, hasta la cripta profunda donde dormían los muertos bajo la base de los pilares. Parecía querer despertarlos en su tumba, y llamarlos á la resurrección.

La noche se había extendido, y las familias en el silencio del hogar celebraban la nocturna y eternamente inolvidable velada doméstica. Una voz acongojada salía del campanario acompasadamente, y se esparcía en alas del viento, despertando sucesivamente, de calle en calle, las otras voces adormidas en el timbre del cuadrante. La hora sonaba furtiva y tímidamente, y, desde lo alto de la iglesia, el reloj respondía á través de las tinieblas. La ciudad yacía á obscuras. Las ráfagas gemían. Los que velaban oían pasar el tiempo y caían de rodillas. Oraban, é iban luego á dormir bajo la protección del Ángel de la Guarda. La hora seguía dando y cayendo sobre su sueño desde la flecha de la Catedral. El tiempo había elegido para hablar la mansión de la eternidad.

¡Cuántas veces, en honda y solitaria meditación, he evocado toda la melancólica poesía de esos siglos ya muertos, bajo las miste-

riosas naves de la Catedral de Toledo, en la que se han quedado, para siempre, tantos arreboles de mi alma, y donde, como dijo el poeta, *¡hasta los mudos santos de granito me saludan!*

Mirad.

El Consistorio enfrente, para que la Iglesia bendiga la libertad; el mercado, al término de las colosales paredes de la izquierda, para que á la sombra de la Iglesia se cobijen los contratos; la posada de la Hermandad tras el ábside, á fin de que á la Iglesia miren los soldados en sus salidas y entradas; las viviendas de los nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas á la Iglesia que consagre sus tradiciones y privilegios; ante todo el monumento la torre, guiando con sus agujas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen de muchas leguas, á los fieles, como un faro espiritual que luciese y hablase al mismo tiempo; desde la puerta de la Feria á la puerta de los Leones, pasando por la portada mayor, tres siglos que veis en las primeras esculturas apenas salidas de su pesado cendal

bizantino, y en las últimas, vencedoras de la rigidez antigua, por el bautismo del Renacimiento; por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones; por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros, á la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan las grandezas y los dolores de nuestra patria, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, desde los campos de Calatañazor hasta los campos de Montiel, desde la nube de gloria en que va envuelto el cardenal Mendoza que se alzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento del Nuevo Mundo, hasta la nube de ignominia en que va envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves, todos los cambiantes de la luz apropiados á todos los deliquios de la religión, así las tinieblas donde oculta sus remordimientos la penitencia, como los iris en que tiñe sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto á la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la uni-

dad absoluta, y tras los arcos los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores, y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios; en la capilla mayor los arzobispos que duermen y los arcángeles que velan, los doctores que leen sus libros de piedra y los mártires que agitan sus palmas de combate, las vírgenes coronadas de estrellas que os miran sobre nubes etéreas, y los bienaventurados que repiten eternas letanías, los pajes que custodian los sepulcros y los serafines que entonan un *Te Deum* inextinguible con voces angélicas; en este lado el bautizo, en otro el matrimonio, más lejos el entierro; por aquí, los peregrinos religiosos de rodillas; por allí, los peregrinos artistas extáticos; el pueblo que ya reza ó ya canta; la salmodia de los sacerdotes mozábares estrellándose en los alicatados de los alarifes mudéjares; y al eco del órgano, entre las nubes del incienso, acompañadas por los salmos, sobre la gradería cubierta de brocados, al pie del retablo lleno de figuras místicas, que parecen personificaciones varias de la

oración, la misa, que así como transforma el pan ázimo en ser divino por las palabras sacramentales de la consagración, transforma en ideas las piedras, por donde las almas suben, como por invisible escala, sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un día, á saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor.

XVI

¡Cómo espiritualizaba y embellecía la vida en el siglo XIII la divina Iglesia!...

La antigüedad concedía un destino superior, inmortal, solamente al héroe y al genio. Los demás nacían y pasaban como la pluma arrastrada por el viento del olvido. Pero mirad la cúspide de los tiempos medio evales, mirad el siglo XIII.

La Iglesia, á virtud de su sacro apostolado, ha roto, para siempre, toda ley de desigualdad y de restricción. Midió indistintamente á cada hombre su parte de inmortalidad. El más humilde de espíritu sentía, al salir

de la Catedral, toda la inmensidad de su destino. Llevaba en sí, como en un tabernáculo, al Dios vivo. Una gloria imperecedera iba unida á cada uno de sus pensamientos, á cada una de sus acciones. Podía ser más que un héroe, más que un genio: podía ser un santo, un elegido. La eternidad bajaba entera á él, día por día, en santificación... La Iglesia le había transfigurado en misteriosa y sublime transfiguración. Le marcaba los días de trabajo y los intervalos de descanso; le decía la hora desde lo alto de las torres; se levantaba con él por la mañana; rezaba con él al despertar; se sentaba á la mesa á su lado; le acompañaba á la entrada y á la salida de la vida, y no abandonaba, no, esta carne humana que ella había tocado la primera, aun caliente del seno de su madre, sino después de haberla sepultado bajo la piedra de la tumba. Marcaba con sus signos el límite del camino, la puerta del mercader, los letreros de las calles, la plancha del navío, el collar de la virgen, la coraza del soldado, la moneda, la barrera, la tumba, el mármol, el cobre, el oro y la plata; sembraba por todas partes, en la colina, en el valle, un pensamiento, una

reminiscencia; estaba presente con perpetua presencia en la casa y fuera de la casa, en el hogar, junto al lecho, encima de la ciudad, y encima de la última piedra adonde pudiera levantarse la estatua de Cristo.

Ella solamente sabía, predicaba, meditaba, escribía, tenía por medio de los libros las confidencias de los siglos pasados. Ella solamente podía enseñar, y enseñaba maravillosamente la gramática, la jurisprudencia, la filosofía, la teología, la música, la física, la historia. Ella vertía la luz en las almas. Ella les enseñaba el lenguaje del entusiasmo por medio de todas las artes reunidas en la Catedral. Ella las unía amorosamente con Dios, á poder de las inspiraciones de la fe. Ella las deslumbraba con el lujo espléndido de sus florones, y el lirismo inmenso de su arquitectura. Ella penetraba por todos los poros de su substancia, y pensaba en su pensamiento, y quería con su voluntad, y vibraba en sus éxtasis, y soñaba con sus aspiraciones infinitas... La Iglesia era á la vez, entonces, poder religioso, poder íntimo, poder moral, poder exterior, poder instructivo, poder territorial, poder civil, poder político, el pri-

mer poder político de Europa. Tenía, realmente, todo el poder de Dios, todo el poder del hombre, acumulado y asociado á sí. Podía todo, estaba en todas partes, lo era todo; formaba los pensamientos, las opiniones, las esperanzas, las costumbres, las fiestas, las emociones, los placeres, las ciencias, las guerras, los tratados, la paz; hasta el aspecto de los burgos y de los campos. Tenía un pie en cada hogar, una mirada en cada conciencia, una palabra en cada labio, una voz en cada aliento, donde quiera que se extendía la sombra de la Cruz. La Europa creyente, en aquel siglo, no respiraba más que con el soplo de la Iglesia, y cuando esta atmósfera faltaba á su respiración, sentía pasar por sus venas el último latido de la vida, moría.

Durante ese desmayo de las almas, todo permanecía en mudo silencio, como si la gravitación universal del mundo acabara de suspender su acción, y el sol de retirar de la tierra su último rayo.

Nadie, nunca jamás, podrá desconocer ni amenguar esta soberana fuerza civilizadora de la Iglesia, ni estos vuelos soberanos con

que levantó á las almas, camino del ideal, en los siglos medios.

Miradla en medio del feudalismo, cuando era éste la fuerza, y la Iglesia la moral; cuando éste era la anarquía, y la Iglesia la autoridad; cuando era éste la asociación de los guerreros condenados á una batalla perpetua, y la Iglesia la asociación de las almas que ascendían de los obscuros valles de la tierra á lo infinito. Decidme si concebís el mundo de la Edad Media, el mundo del siglo XIII, sin la dirección y sin la tutela de la Iglesia.

Al hombre individual, ya venido de las selvas del Norte ó ya forjado en los castillos feudales, supersticioso y fanático por la complexión de su inteligencia, duro y cruel por la complexión de su voluntad; ú opresor ú oprimido, siervo ó señor, mostróle claramente la Iglesia en la dulce persona de Cristo, en su mansedumbre, en su humildad, en su resignación, en su amor al género humano, aquellos manantiales de virtudes, resumidas todas en la más cristiana, en la caridad.

Y si mostró al hombre el tipo de Cristo, mostróle á la mujer el santo tipo de la ma-

dre, que conserva la pureza y la inocencia de la virginidad; y la hizo el ideal de la misericordia, interpuesto entre los pecados de la tierra y la justicia del cielo para desarmar la cólera divina. Al son del órgano, bajo las bóvedas de las catedrales, en las místicas fiestas eclesiásticas; cuando la luz descendía del ojival rosetón reverberada por los cristales de colores, y el aromático incienso se disipaba en los aires, oíanse, exhaladas por las voces purísimas en coro, aquellas letanías inacabables, cuyas cadencias daban á la naturaleza femenil todos los epítetos más tiernos, sin mezcla ninguna de sensuales pasiones, todos los epítetos con que el niño en su inocencia, el mozo en sus amores, el guerrero en sus heridas, el trabajador en sus faenas, el navegante en sus zozobras, el poeta en sus inspiraciones, han aclamado á la mujer, rosa mística, estrella vespertina, causa de toda alegría, alivio de todo dolor, amante, esposa, madre, siempre la nota dulce y melodiosa en el torbellino de nuestras pasiones, y el consuelo en la angustia de todas nuestras penas. Y si el tipo de Cristo fundaba la moralidad individual y

social con las enseñanzas de su vida y de su muerte, el tipo de María fundaba la moral doméstica, convirtiendo el hogar de la familia en el resplandeciente santuario de toda pureza.

Y, luego, aquellos mandamientos de la Ley de Dios, promulgados en las cumbres del Sinaí; aquellas palabras del Sermón de la Montaña, dichas en los desiertos de Palestina; aquellos apotegmas evangélicos que prestaban alas místicas á los pensamientos de la filosofía y de la ciencia; toda aquella vida del espíritu pasó, por medio de la Iglesia, á los fueros, á las leyes, á las instituciones.

XVII

Fué entonces, en el promedio de ese glorioso siglo XIII, corona y síntesis de toda la Edad Media, cuando vino á la historia aquella eternamente simpática legión de almas grandes, la legión de los *Amigos de Dios*, como Jundt dice, que vibran en sus labios el cántico de la Resurrección, y traen en sus manos la antorcha del espiritualismo cristiano. Y entre estos amigos de Dios, entre estas almas, pocas tan excelsas é inolvidables como el dulce Santo, cuyas grandezas han movido el corazón y la pluma del obscuro cronista que esto escribe á recordarlas.

El bendito franciscano pertenece ya á la

época de la grande exaltación del espiritualismo de la Cruz. El cristianismo vibra en sus pensamientos más íntimos y en sus palabras más ardientes, con acentos no escuchados hasta entonces.

Su madre, antes de parirle, como en canastilla de flores, en Lisboa la hermosísima, tuvo milagroso y persistente sueño. ¡Oh! ¡Y qué mayor milagro que la vida de ese predicador seráfico, que es el alma de su tiempo, y que mueve al eco de su palabra elocuentísima, arrebatadora, cuasi divina, desde las alas de los pequeñuelos á la fantasía de los artistas, y al entendimiento de los filósofos, y al corazón de las muchedumbres, y á los Papas, y á los Emperadores, y á los Reyes!

Llamad á esto como os plazca, magnetismo, fluidos, atracciones; no, nunca nos explicaréis satisfactoriamente por qué esos genios semidivinos, que han vislumbrado más de cerca lo infinito; que han llevado la eternidad gravitando sobre sus almas grandiosísimas, mueven, dominan, arrastran á sus coevos, que los elevan sobre el Tabor de sus adoraciones; porque verlos, es ver el arquetipo

que se hace carne; y comprenderlos, toparse con la realidad viviente de lo que se adivina y se espera entre las languideces de culto sin objeto; y hablarles, escuchar ya revestido de palabra lo indecible y vago de los propios llamamientos interiores; y seguirlos, adonde quiera que nos lleven, caminar envueltos por una ola de luz, á la clara región de lo increado; por qué los veneramos al punto de confundir en un mismo sentimiento la pasión y la adoración, el amor y el culto; por qué nos identificamos con su vida, como el soplo de la respiración y la onda del aire que se respira; por qué nos sepultaríamos gozosos con ellos en las tinieblas del mismo sepulcro; por qué permanecemos absortos contemplando la estela que dejan al perderse entre los arreboles de los espacios, y por qué morimos de tristeza después de que ya no se divisa nada, á no ser los abrojos de la tierra y los nublados de los cielos.

¡Felices los que conocieron al dulcísimo Santo! Arrastrados por el encanto de su virtud profunda y comunicativa juntamente, y que le impulsaba á no perdonarse nada á sí, para perdonarlo todo á sus hermanos; por su

palabra centellante, apasionadísima, como si fuera su propia alma revestida con la forma del sonido; por las delicadezas, por las elevaciones, por las divinidades de sus sentimientos expansivos, que le constreñían á desbordar su corazón en arrobamientos, en predicaciones, en cánticos, en escritos que no pueden, no, leerse sin experimentar el escalofrío de lo sublime; por eso no sé qué de desconocido, de avasallador, de inefable, que irradia siempre de los seres extraordinarios, como la luz, y la atracción, y el calórico irradian de los grandes astros; envueltos por los efluvios de la pasión cuasi infinita que le animaba, y que hacía estremecerse muchas veces al macerado cuerpo, gemir dolorosamente á la quebrantada materia, insuficiente para contenerla; ¡ah! los que le conocieron, iba diciendo, dejarían en las tristezas de la soledad sus amores, sus hogares, los palacios y los castillos, antes alborozados por la carcajada del festín ó por el estruendo de las armas, para seguirle á todas partes, hasta el martirio.

Y verdaderamente que así fué. Genios superiores, nacidos con la levadura de lo infini-

to; templados para los combates más cruentos de la misérrima existencia; anhelantes de amor, de luz, de hermosura, de bien, que no hallan, no, jamás, entre las sombras del mundanal destierro; seres todo espíritu; redentores que se dan en holocausto por el universo á trueque de la corona de espinas que clavará sus sienes, y de la hiel con que se abrevará, á la continua, su grande alma, descienden á la tierra, nuevos Cristos, para abrasarla con el fuego del amor.

Y precisa evocar la predicación de los Profetas por los campos del terebinto; los trenos de Jeremías, las visiones de Ezequiel y de Isaías, la predicación de los Apóstoles movidos por las ígneas lenguas de la Pentecostés, para comprender todo el efecto de la palabra ardiente del Santo de Padua.

Al eco de sus acentos inflamados la humanidad agitada se conmueve; los castellanos arrojan los arreos del festín para vestir el sayo y el cilicio; los artistas purifican sus pinceles en el Jordán de la penitencia, y se marchan en busca de celestes inspiraciones á las catedrales y á los cenobios; las cortesanas abandonan el lecho de la orgía, para

abrazarse, ebrias de amor divino, á la Cruz como la pecadora de Bethania; los mozos apartan de sus labios la copa del deleite sensual, y se van á llamar, vestidos de penitentes, á la puerta de los monasterios; los pueblos, hirvientes en discordias y guerras cruentísimas, se apaciguan; las muchedumbres enardecidas caminan en seguimiento del adorable Santo, adonde quiera que las lleve; dan de mano las doncellas á sus amores, cuelgan los hermosos virginales cabellos del sacro altar, y ponen su dulce nido á la sombra melancólica del claustro; se concluyen los dolores que turban á la Iglesia, y las herejías que turban las conciencias; las esposas y las madres encierran á sus maridos y á sus hijos temerosas de que los arrebate á su hogar y á sus ternuras la dulzura inefable del pobre penitente; por donde quiera viudas y huérfanas de maridos y de padres que aún vivían; que al mundo le había arrebatado el corazón la palabra de ese hombre prodigioso, aparecido, nuevo Redentor, sobre la cumbre luminosa del siglo XIII.

¡Bendito, benditísimo, el apostolado del amoroso franciscano!

Con el pensamiento puesto en el cielo; sin mirar las dificultades de largo procelosísimo camino; creyendo que la fe y la caridad bastan para remover las conciencias; dispuesto á torcer con su vida y con su doctrina todas las corrientes opuestas á las corrientes del Cristianismo; lleno de ese espíritu de propaganda que poseen los predestinados á difundir la verdad entre las gentes; en esta lucha de todos los días ni las inclemencias de la naturaleza, ni la enfermedad que le extenuaba, ni el odio, ni el desdén, ni las ingratitudes, ni las calumnias de los hombres le detienen; porque contra el frío guarda el calor de su alma; contra la soledad del desencanto, la compañía de sus sentimientos; contra las tempestades de guerras y de motines, la dulce serenidad de su conciencia; contra la injusticia del mundo, la confianza en la justicia de su propia causa; bien convencido de que las lágrimas que se derraman sobre las espinas de la tierra, serán más tarde los diamantes de nuestra corona allá en los cielos.

De la progenie de los grandes espiritualistas, juntando la contemplación á la acción, él continúa en el siglo XIII la misión sacra-

tísima de San Bernardo en el siglo XII; y deja la inextinguible estela de sus intuiciones, de sus obras, á las generaciones futuras, que llegan para bendecir su memoria, en inacabable peregrinación á su sepulcro, á Padua, iluminando el pensamiento, y más que el pensamiento el corazón de la seráfica Catalina de Siena, del mártir Savonarola, de San Carlos de Borromeo, del Santo dulcísimo Obispo de Ginebra, Francisco de Sales, de San Vicente de Paul, de Juana de Arco, de Pio IX, de León XIII; de todos esos seres sobrehumanos que han atizado la llama del espiritualismo cristiano sobre la frente de la humanidad.

San Antonio de Padua es nuestro, y todo nuestro; educado y engrandecido al calor de las enseñanzas de la Iglesia. Y hoy, después de cinco siglos que rodaron sobre su sepulcro, aún se nos figura verle entre nosotros; aún suena en nuestros oídos su palabra luminosa y vibrante; aún nos enardece con su ejemplo, en medio de las porfiadas batallas que hoy peleamos, y en las cuales tanta sangre del alma, y tal vez estérilmente, se derrama. Y lo que en él y por él ha triunfado

en la décimatercia centuria, triunfará también, no lo dudemos, en nuestro siglo. Sí, sí. La decrepitud, el desaliento, las hondas y sublimes nostalgias que aquejaron á Platón, á Virgilio, suspirando por la nueva descendencia del cielo, se sienten donde quiera; y la humanidad, turbada por el Renacimiento, por la Reforma, por la Revolución, torna sus ojos á los ideales de la Edad Media, que se levantan inmaculados y eternos, sobre las soledades de la conciencia, en esta grande, en esta suprema crisis del espíritu.

No es utopia, no es liviano presentimiento esa nueva Pascua de las almas, que hoy, desde la ergástula de nuestros inenarrables dolores, anhelamos. Si así no fuera, si no nos confortaran esas benditas esperanzas, mejor que nos abriéramos con nuestras propias manos las hondas fosas, y que nos encerrásemos en sus obscuros senos, para no ver las horribles desolaciones de la futura historia.

Si me decís que mi presentimiento no es otra cosa más que un hermoso sueño, dejadme, por Dios, dejadme con mi ilusión eterna y querida, para escuchar desde las riberas de la tumba, donde van á extinguirse todos

los rumores de este mundo, el inmortal *surrexit*, entonado por la nueva humanidad transfigurada. Y dichoso yo, obscurísimo soldado de Cristo, si consigo aportar el granillo de arena á la noble obra de la purificación de nuestro siglo, á la resurrección espiritualista, con estas páginas, consagradas al suavísimo taumaturgo de Padua.

¿Por qué no esperar que el retrato de ese espíritu inmenso y sobrehumano, su psicología íntima, que la narración de esa vida sacratísima, en medio de sus contemporáneos, en el cuadro de ese XIII siglo tan excelso, y que va á leerse en la segunda parte de esta obra, avive en las almas, que padecen las tristezas del cielo, nobles entusiasmos por el amadísimo San Antonio de Padua, y por esos heróicos siglos de la Edad Media, que han engendrado, con todos los prodigios de la única verdadera civilización, la civilización espiritualista y cristiana, los gigantes de virtud y de ciencia, los caracteres más eminentes y más simpáticos de la humana historia?

Madrid. Fiesta de Pentecostés, 5 de Junio de 1892